

Selección TERROR

ATRAPADA POR LA LOCURA

Ada Coretti


SELECCION
TERROR

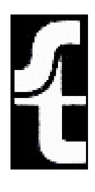
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

484 — Secta celestial – *Lou Carrigan*
485 — Ojos que vigilan - *Curtis Garland*
486 — Ven a charlar esta noche – *Lou Carrigan*
487 — Dinastía diabólica - *Curtis Garland*
488 — El fantasma y miss Pitt - *Clark Carrados*

ADA CORETTI

ATRAPADA POR LA LOCURA

Colección
SELECCION TERROR n.° 489
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito Legal: B. 19.080 – 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1982
2ª edición en América: enero, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Se disponía a telefonear a una rubia curvilínea, con la que pasaba de vez en cuando muy buenos ratos.

Pero Stanley Duffy, joven, muy alto, ancho de tórax, no llegó a marcar los números que, dicho de paso, se sabía de memoria.

Oyó que llamaban a la puerta de su pequeño, pero cómodo y confortable apartamento, y su mano quedó inmovilizada.

Le extrañó la llamada. No esperaba a nadie.

No obstante, el timbre había sonado. Así que pensó que lo mejor que podía hacer era ir a abrir.

Pero al abrir no vio a nadie, y se quedó sin acertar a explicarse lo sucedido. Aunque dada su profesión, detective privado, estaba acostumbrado a los hechos más incomprensibles e insólitos.

Ya cerraba la puerta, cuando se dio cuenta de que alguien, quien fuera, había deslizado un sobre por debajo de la misma.

Se agachó y lo recogió.

Instantes después lo abría, sacando y desdoblando el papel que contenía. Estaba escrito a máquina.

Pero antes de leer lo que ponía, Stanley Duffy dedicó su atención a otras dos cosas. La primera, a los billetes nuevos y lustrosos, mil libras en total, que aparecieron ante sus ojos como soles radiantes. La segunda, a la chica morenita, de melena corta y rizada, que le sonreía desde una fotografía en color.

Así que hubo acariciado con la mirada a los billetes y también a la chica, se dedicó a leer la misiva:

«Dentro de una hora aproximadamente, a las seis en punto, un autocar de línea partirá hacia la localidad de Webbertton. Partirá de la calle... —le indicaba el nombre— y entre sus pasajeros estará una muchacha llamada Helen. Le adjunto su fotografía.

«Usted, señor Duffy, como buen detective que dicen que es, lo que yo no pongo en duda, deberá encargarse de que la tal joven llegue sana y salva al lugar al que se dirige.

«Una vez conseguido esto, usted recibirá de mí otras mil libras.

«Hasta entonces, no comente con nadie el envío de esta carta, menos aún con la propia interesada. Actúe de un modo total y absolutamente discreto.

«No hace falta que le diga quién soy.

«Me presentaré a su debido tiempo.»

Había una posdata:

«Si la joven muere, o si le sucede algo irreparable, le exigiré la devolución de las mil libras que le adelanto para que se dé cuenta de que el asunto va en serio.»

Stanley Duffy se puso a silbar, de excelente buen humor. El último caso que le habían encomendado ya lo había solucionado, y en ese

momento, el nuevo cliente, aunque misterioso e incorpóreo, le caía de perlas. Además, que los clientes generosos eran su debilidad y éste, evidentemente, lo era,

Fue directo hacia la pequeña maleta en la que solía meter lo más imprescindible cuando tenía que improvisar un viaje. Con eso y su pistola automática bajo la axila, solía bastarle.

Le hubiera gustado poder utilizar su coche, que por cierto lo tenía nuevo, recién comprado. Pero si la muchacha llamada Helen iba a coger el autocar de línea, a él no le quedaba otra alternativa que imitarla.

En aquel momento repiqueteó el teléfono.

Lo descolgó.

—Dígame.

—¿Stanley...? —la voz femenina se hizo melosa hasta recordar el azúcar en almíbar—. Soy Suzanne...

—¿Qué tal, preciosa?

—Creía que ibas a llamarme.

—Iba a hacerlo, puedes creerme —aseguró — , Pero me ha surgido un asunto urgente. Tendremos que dejarlo para otra ocasión.

—¿Mañana, tal vez...? —aventuró.

—No, lo lamento. Tengo que ausentarme.

—¿Adónde vas?

—A Webbertton —no le importó decírselo.

—¿Estarás fuera muchos días?

—No lo sé.

—¿De qué se trata? —preguntó Suzanne—. ¿De seguir los pasos de alguna señora casada al parecer no todo lo fiel que el marido quisiera? Bueno, no me respondas. Ya sé que un profesional como tú debe ser discreto.

—Me alegro de que lo comprendas.

—Llámame cuando regreses.

—Me faltará tiempo para hacerlo.

—Piensa en mí, cielo.

—A todas horas, tesoro.

Colgó el auricular, dando un suspiro. Un suspiro de resignación. Era una pena que la carta no hubiera llegado unas pocas horas más tarde. Las noches con Suzanne eran un plato fuerte, fuerte y sabrosísimo.

Pero instantes después, Stanley Duffy se había olvidado ya de la rubia curvilínea. Bien mirado, no era más que un simple entretenimiento. Nada serio.

Salió del apartamento poco después.

Cogió un taxi.

Cuando llegó al lugar en que iniciaba su recorrido el autocar de línea, éste se hallaba ya medio ocupado. Entre los pasajeros no estaba Helen.

Sin duda aparecería de un momento a otro.
Stanley Duffy reparó en una muchacha bajita, aparentemente poca cosa. A su lado permanecía un hombre joven, con un bigotillo de trazo clásico que torda al hablar. Aún no habían subido al autocar. Lo que más destacaba de ella era su agradable sonrisa. Lo que más destacaba de él era su aspecto bobalicón y su mandíbula despojada de todo carácter.
—No viene tu prima... —le oyó decir a él.
—Ya vendrá —contestó ella—. Aún faltan varios minutos para que el autocar salga.
—¿Vas a saludarla? —preguntó él.
—Claro que sí, Dennis —respondió ella— . Apenas la vea llegar. ¿Por qué no iba a hacerlo?
—En una ocasión os enfadasteis, y muy seriamente por cierto, si no recuerdo mal. ¿No fue así, Ángela?
—No exactamente —puntualizó—. En realidad fue ella, sólo ella, la que se enfadó conmigo. Pero no la recrimino, me lo gané, me lo merecí. Lo que le dije en aquella ocasión hubiera sido mucho mejor que me lo callara. Así, pues, como comprenderás —hizo constar Ángela a continuación— aprovecharé esta oportunidad para mostrarme amable, para hacerme perdonar...
—Yo de ti —le aconsejó Dennis— no me esforzaría demasiado, no vaya a creer que le vea detrás porque es la preferida de tía Úrsula.
No siguieron hablando porque, casi sorprendiéndoles, se presentó ante ellos la persona de la que estaban hablando.
Y se trataba, Stanley Duffy pudo constatarlo inmediatamente, de la muchacha que él conocía a través de la fotografía en color.
—Hola, Ángela —fue el saludo de la recién llegada, la muchacha morenita, de melena corta y rizada, de ojos oscuros—. ¿Qué tal, Dennis?
—¡Qué alegría! —exclamó Ángela, y abrazó efusivamente a su prima —. ¡Hace tanto que no nos veíamos! Desde aquella tarde... —le recordó. Y con gesto compungido—. ¿Me has perdonado ya?
—Claro que sí.
—¿De veras?
—Sí, mujer...
—Me había tomado dos whiskys —se disculpó Ángela—. No estoy acostumbrada a beber y sin darme cuenta, de la manera más absurda...
—Absurda no —aclaró Helen—. Desgraciadamente tenías razón, quizá por eso, precisamente por eso, me enfadé... Pero, en fin, es mejor olvidarlo todo, ¿no crees?
—Naturalmente, naturalmente... —intervino Dennis—. Nunca es bueno recordar las cosas desagradables.

—Por cierto —Helen quiso cambiar de tema—. ¿Cuándo os casáis? Supongo que pronto.
—Eso quisiéramos —dijo Ángela—, pero ya veremos. La cuestión económica no nos va nada bien.
—Tía Úrsula nos ha citado —le recordó Helen—, y ella es muy rica. Ella puede ser la solución a todos vuestros problemas.
—¿Tú crees...? —el tono de Ángela vaciló ostensiblemente—. No sé, no sé... Bueno, ya veremos...
—Tía Úrsula es buena en el fondo —repuso Dennis—. Sí, quizá tengas razón, Helen, y ella sea nuestra hada bienhechora.
Cuando subieron al autocar, Ángela y Dennis ocuparon dos asientos libres, a la derecha, y Helen siguió adelante. No había sitio más que al fondo del vehículo.
Se sentó junto a una ventanilla. El asiento de al lado quedó vacante.
Pero ese asiento, al lado de la muchacha morenita, de melena corta y rizada, en seguida fue ocupado por un hombre joven, muy alto, ancho de tórax, que vestía de forma informal y que llevaba una pequeña maleta.
—Por lo visto, vamos a ser compañeros de viaje... —dijo Stanley Duffy a la primera ocasión.
Helen esbozó una sonrisa. Simplemente lo esbozó. No parecía tener ganas de conversación.
—Mi nombre es Stanley... —había de añadir él poco después—. ¿Y el suyo? Si no le molesta decírmelo...
—Helen.
—¿Hasta dónde va usted?
—Hasta Webbertton.
—Yo también.
Durante los primeros kilómetros apenas cruzaron un par de palabras. La muchacha permanecía encerrada en sí misma, con el pensamiento perdido a través de los cristales de la ventanilla; perdido a través de aquel paisaje cargado de niebla.
Había dialogado con cierta fluidez e incluso con alguna amabilidad con su prima Ángela y con su novio, Dennis, pero por lo visto había agotado todas sus ganas de hablar.
Mirándole de soslayo para no llamar demasiado su atención, Stanley Duffy llegó pronto a una conclusión.
Helen tenía miedo.

* * *

Unas cuatro horas después, se detuvieron ante un pequeño hotel de la carretera. Allí pernoctarían.
Al día siguiente emprenderían el itinerario fijado, haciendo una parada a eso del mediodía. Aproximadamente a las dos almorzarían. Llegarían al anochecer a Webbertton. El largo recorrido habría ya

concluido.
A la hora de la cena, Stanley se las arregló para sentarse en la mesa de la muchacha morenita, de melena corta y rizada.
—Si vamos juntos en el autocar —le sonrió con naturalidad —, en buena ley tampoco ahora debemos separarnos, ¿no le parece?
Helen clavó sus ojos oscuros en su interlocutor. Sus pestañas largas, muy largas y curvadas, tejían sobre ellos una atractiva y enigmática sombra.
Dio la sensación de que le miraba por primera vez.
—Me siento encantada de su compañía, puede creerlo —dijo Stanley antes de que ella opusiera nada.
—Yo de la suya —contestó la muchacha, aunque, quizá, más por compromiso que por otra cosa.
Aunque poco después. Helen había de mirar nuevamente al joven, dándose cuenta de que estaba ante un hombre que, desde luego, tenía que reconocerlo, era su tipo. Si bien, sin duda, debía serlo de muchas mujeres.
—Es su prima, ¿verdad? —había de preguntarle Stanley, refiriéndose a Ángela, que había ocupado más allá de otra mesita, ella en compañía de su novio Dennis.
—Sí —contestó Helen.
—¿Se dirigen al mismo lugar que usted? —preguntó, aún a riesgo de parecerle excesivamente curioso.
—Si —volvió a asentir Helen. Esta vez, no obstante, agregó—: Vamos a casa de nuestra tía Úrsula.
—Según les he oído comentar antes, de forma puramente casual, se lo aseguro —dijo Stanley— una tía muy rica.
—Sí, mucho —dijo Helen—. Sin duda, demasiado.
—¿Tanto...? —quiso que la bonita muchacha le dijera algo más, que le ampliara el comentario.
Pero ella no pareció animada, menos aún decidida, a sincerarse con aquel desconocido. Muy alto, muy atractivo, muy agradable, pero en resumidas cuentas solo un desconocido. Se limitó a decir:
—Hace mucho que no la veo.
Stanley Duffy, a pesar de lo breve y parco de las palabras de la muchacha, no se desanimó. El no se desanimaba con facilidad.
—No sé por qué —insistió en el tema—, pero a mí me parece que es usted la sobrina favorita...
Helen levantó los oscuros ojos, que seguían reflejando miedo. Los clavó en su compañero de mesa.
—Eso dicen —repuso tras una pausa—. No. yo no termino de creérmelo. Pero, bueno, ¿usted por qué cree esto? —y deduciendo por su cuenta—. Lo debe haber oído decir a mi prima, o a su novio...
—Francamente, sí —reconoció Stanley.

—Pues no sé, no creo que estén en lo cierto —dijo Helen—. Si eso fuera verdad, mi padre y yo no hubiéramos tenido que pasar tantas penalidades. Pero la verdad es que no quiero hablar mal de mi tía —agregó—. Mi padre, antes de morir, me suplicó que la perdonara. En realidad, mi padre quiso siempre mucho a su hermana, a pesar de todo…
—Y ahora va a la casa de su tía Úrsula.
—Me ha citado. Mejor dicho, nos ha citado a todos sus sobrinos.
—¿Son muchos?
—Mi prima Ángela… —la señaló con la mirada, unas mesas más allá— y mi primo Bruce. Bruce y Ángela son hermanos. Y yo… Tres sobrinos en total.
—¿Es rica su prima Ángela? —preguntó Stanley, aunque bien sabía que no lo era por lo que la propia interesada comentó poco antes de iniciar el viaje en el autocar de línea.
—No; en absoluto —contestó Helen—. Ni siquiera ha podido concluir la carrera de medicina por falta de recursos económicos. Desde luego, ha sido una lástima. Es muy inteligente y hubiera sido una buena doctora.
—Aún está a tiempo, es muy joven.
—Si no lo remedia tía Úrsula, me temo que sus esperanzas en ese sentido queden totalmente frustradas.
—¿Y su primo Bruce? ¿Es rico…? —deseaba ahondar, profundizar en el asunto.
Un asunto del que aún no sabía nada, o por lo menos muy poco. Pero un asunto que le había aportado ya mil libras.
—Sí —le hizo saber la muchacha—, mi primo Bruce está en una buena situación. Empezó con un pequeño garaje y con sólo un par de empleos, pero la cosa le fue bien y amplió el negocio. Luego adquirió otro garaje y después otro más. En la actualidad no sé cuántos tiene.
—¿Y usted…? — preguntó a Helen.
—¿Yo, qué?
—¿Es rica…?
—Le he hablado ya de las penalidades que mi padre y yo tuvimos que pasar, ¿no?
—Podía estar ahora en mejor situación —apuntó Stanley.
—No, no… —Y Helen había de añadir—: Trabajo como dependienta, no cobro mucho y voy tirando, simplemente eso.
—Si no ha hecho una buena boda, habrá sido porque no habrá querido. Es usted muy guapa.
—Gracias por el cumplido —se animó un tanto su expresión, pero sus ojos seguían expresando miedo.
Pero miedo, ¿de qué…? ¿De quién…?
Stanley Duffy se lo estaba preguntando una y otra vez.

En aquel momento la vio removerse inquieta en el asiento. Como si la pincharan.
Siguió la dirección de su mirada y fue a dar con un sujeto de unos cuarenta años, delgado, bien vestido, que acababa de entrar en el comedor del hotel.
—¿Le conoce? preguntó Stanley.
—Sí —dijo ella—. Es un hombre que me sigue por todas partes. No me deja ni a sol ni a sombra.
—¿Ah, sí…?
—Dice que está enamorado de mi, y que quiere casarse conmigo.
—¿Y usted?
—Le he dicho mil veces que no, pero por lo visto no se cansa de insistir. Usted hablaba de una buena boda, si yo quisiera… Pues bien, ese hombre es, en tal sentido, mi oportunidad. Es millonario.
—No tiene aspecto de persona de fiar —se aventuró a decir Stanley.
—Conmigo es siempre sumamente correcto —repuso Helen—, pero insiste demasiado en sus pretensiones. Si le digo que no, lo normal es que me deje tranquila.
—Pero si es tan correcto, y si en nada se extralimita, nadie puede prohibirle seguirla…
—Es lo que debe decirse él.
—Viene hacia aquí.
—Y se sentará con nosotros, ya lo verá…
En efecto, el sujeto en cuestión se acercó, dijo llamarse Robin Clemmens y pidió permiso para compartir la mesa con ellos puesto que las demás estaban ocupadas.
—No faltaría más —repuso Stanley, no pudiendo ciertamente responder otra cosa.
El sujeto no quitaba los ojos de Helen, mientras ella por su parte se resistía a afrontar su mirada.
Desde luego, Stanley Duffy hubiera asegurado que el miedo que aleteaba inquietantemente en los bonitos ojos oscuros de la muchacha, no era aquel hombre quien se lo hacía sentir.
Era otra persona…
Pero quizá, ni ella misma sabía quién.

CAPÍTULO II

Cuando Helen entreabrió los ojos, su primera impresión fue imprecisa, inconcreta. Sin duda acababa de dormirse y un ruido vago, extraño, o algo así, la había despertado.

Como sea que la luz estaba encendida. en seguida reparó en la blancura inmaculada del techo y de las paredes. Abrió los ojos de pronto, redondos como platos, expresando una enorme perplejidad.

¿Dónde estaba...?

¿Qué estancia era aquélla...?

Ella se había acostado en una de las habitaciones del hotel de la carretera. Ante ese hotel se había detenido el autocar de línea para que sus pasajeros pasaran allí la noche.

Se había acostado después de conversar un poco con su prima Ángela y su novio, Dennis. Recordaba muy bien que aquel joven que dijo llamarse Stanley Duffy, y que tan amable había estado con ella, le había acompañado hasta la misma puerta de la habitación. Robin Clemmens, su insistente admirador, se había quedado con el ceño fruncido viendo cómo prefería otra compañía a la suya. De todo esto se acordaba perfectamente.

Después se había acostado en una cama algo antigua, pero cómoda, en una habitación amplia y confortable, donde había un tocador de espejo ovalado, un armario de dos cuerpos y unas paredes con un empapelado un tanto descolorido.

¡Y ahora se encontraba en aquella estancia blanca, angustiosa y estremecedoramente blanca...!

Sus manos tantearon los bordes de la cama, dándose cuenta de que en nada se parecía a aquella otra antigua, pero cómoda, en la que se había acostado.

Rígida, envarada, se incorporó lentamente...

La cama era de hospital.

Miró a su alrededor, como queriendo encontrar una explicación a todo aquello...

Techo y paredes esmaltados de blanco, la cama, y eso era todo. Bueno, todo no. quedaba por ver la puerta. Una puerta cerrada que en la parte de arriba tenía un enrejado.

¿Dónde estaba?

¿Quién le había llevado allí?

¿Qué significaba todo aquello?

Dejó la cama, percatándose, entonces, de que no llevaba el floreado pijama con el que se había acostado, sino un camisón de tela blanca, basta, cerrado hasta el cuello, de largas mangas.

Un estremecimiento le recorrió el cuerpo.

Anduvo descalza sobre el suelo, no terminando de dar crédito a aquella insólita, desconcertante y angustiosa situación. No, no podía

dar crédito a lo que estaba viendo.
Pero de pronto comprendió que ella calaba allí, incomprensiblemente, es cierto, pero estaba y tenía que salir...
Se dirigió a la puerta.
Quiso abrirla y no pudo.
Se hallaba cerrada por el otro lado.
Se puso a dar golpes de puño con ese desespero irrefrenable de quien se halla en una situación acongojante que no comprende, que no asimila.
—¡Quiero salir! —se puso a gritar—. ¡Quiero salir! ¡Ábrame! ¡Ábrame...!
A los pocos minutos oyó unos pasos por el corredor. Porque aquella puerta daba a un corredor. También éste, blanco. Alucinantemente blanco.
Los pasos sonaban fuertes, precisos. Sin duda era una persona de peso la que avanzaba.
Helen la vio llegar a través del enrejado. Se trataba de una enfermera alta y corpulenta, casi varonil, de unos cuarenta años, cabello estirado y un moño en la nuca.
—¿Qué te pasa, Helen? —le preguntó de un modo frío, impersonal, sin duda habitual en ella.
—¿Qué hago yo aquí? —inquirió la muchacha—. ¿Quién me ha traído?
—Te veo muy nerviosa —dijo la enfermera—. ¿Quieres que te dé un sedante? Te sentaría bien.
—¿Un sedante...? —la muchacha parpadeó—. ¿Para qué necesito yo un sedante? Me encuentro perfectamente.
—Demasiado nerviosa —repuso la enfermera—. Esto no te conviene, sabes de sobras que no te conviene. Podrías empeorar...
—¿Empeorar...? —el pestañeo de la muchacha se hizo más insistente —. ¡Pero si a mí no me pasa nada! —y suplicó—: Ábrame, por favor. Tengo que volver al hotel.
—¿A qué hotel? —el tono de la enfermera se hizo, evidentemente, de circunstancias.
—Al de la carretera... Allí estoy con los demás pasajeros del autocar. Pero, ¿qué hora es...? —y aumentaba su desasosiego.
—Son las tres de la madrugada —contestó la enfermera—. Debes seguir durmiendo. Te conviene dormir un mínimo de ocho horas. Ya me doy cuenta —agregó—; no he debido dejarte encendida la luz. Lo he hecho por darte gusto, sé que la oscuridad te asusta. Pero te has despertado y ahora estás muy agitada. Esto es malo para ti.
—No comprendo nada de lo que me está diciendo, porque nada tiene sentido...
—Lo que no tiene sentido —puntualizó la enfermera— es que pierdas

la paciencia precisamente ahora que todas las pruebas que te hemos hecho han resultado satisfactorias. En consecuencia, pronto, muy pronto, podrás abandonar este sanatorio psiquiátrico.
—¿Sanatorio psiquiátrico? —Helen se estremeció desde las uñas de sus pies hasta la puma de los oscuros y rizados cabellos de su melena —. ¿Ha dicho...?
—¿Prefieres, acaso —preguntó la enfermera— que diga manicomio? ¡Oh. no! Manicomio suena mal.
—¿Quién me ha traído hasta este lugar? —quiso saber, y con gesto impotente y desesperado asió sus manos al enrejado de la puerta—. ¿Y cómo han conseguido hacerlo sin que yo me diera cuenta...? ¡Explíquemelo, por favor!
La enfermera humanizó un poco su expresión, si bien su tono siguió siendo frío e impersonal.
—Hace ya tiempo que estás aquí —dijo.
—¿Cómo...? —se asombró Helen hasta sentir que su mente rozaba los límites de la sinrazón ¿Que hace tiempo que...? ¡Imposible! Ayer noche estaba en el hotel de la carretera...
—No, Helen, no es cómo crees. Hace ya varios años que permaneces aquí con nosotros. Pero afortunadamente, si sigues mejorando como lo has hecho estos últimos meses...
—¿Que hace años que estoy aquí? —ni cayendo en un pozo oscuro, tenebroso, sin fondo, se hubiera sentido más perdida—. ¿Qué disparate es éste?
—Anda, acuéstate y duerme. Mañana debes estar tranquila y serena. Recuerda que el doctor Gimmey te recibirá en su despacho y que de esa conversación dependerá, tal vez, que...
—¿Qué? —gimió con el alma angustiada, agarrotada, como apresada por mil demonios escapados del infierno.
—Dependerá —repitió— que te autorice a salir de aquí. Así que pon buena voluntad por tu parte y... ¿No quieres un sedante?
En aquel momento se oyó gritar a una mujer. Gritar desaforadamente. Igual que si la estuvieran quemando con brasas. Igual que si la estuvieran atravesando por un millón de agujas.
—¿Qué pasa...? —preguntó la muchacha, terriblemente sobresaltada —. ¿Quién grita así...?
—¿Y me lo preguntas tú, Helen, que te has pasado tantas noches en vela a causa de sus gritos? Es la mujer que empujó a su marido por la azotea... En medio de su demencia, los remordimientos no la dejan vivir... O quizá, nunca se sabe, teme que su marido vuelva del más allá y la arroje a ella a algún insondable abismo. Como sea, es un caso sin solución. Desgraciadamente no mejorará. Morirá loca de atar.
Helen se quedó un par de minutos sin decir nada, sin poder hablar. Un desasosiego, un desazón enorme le oprimía en la garganta. Ese mismo

desazón, ese mismo desasosiego, le oprimía también el corazón hasta achicárselo.
A pesar de tanto asombro y de tanta perplejidad, y en consecuencia de sentir que las fuerzas le abandonaban, reaccionó, volvió de su mutismo. Pero ya para entonces la enfermera se había ido, desapareciendo a lo largo del corredor.
De nuevo se puso gritar, a decir que quería que le abrieran. De nuevo se puso a golpear la puerta.
—¡Quiero salir! —gritaba—. ¡Quiero salir! ¡Yo no estoy loca...!
No vio aparecer a nadie, y lo enervante, lo electrizante de la situación se le metió dentro, la apresó, haciéndole sentir un miedo horrendo.
—¡Quiero salir! —volvió a gritar.
Y siguió gritando como si de la fuerza, de la potencia de su voz, dependiera su libertad.
Hasta que, finalmente, oyó que alguien se acercaba de nuevo.
Esta vez eran dos enfermeros. Altos, recios y fornidos. Parecían gladiadores.
Helen se quedó lívida. Como si de una auténtica muerta se tratara.
Aquellos dos hombres llevaban una camisa de fuerza.
Pocos segundos después, abrían la puerta, entraban y se acercaban a ella.
Ella fue retrocediendo hasta dar con la espalda en una de las paredes.
Allí quedó acorralada.
No hubo forma de escapar.
Dio una patada a uno de ellos y un mordisco en la mano al otro. Como si no hubiera hecho nada. Debían estar acostumbrados.
Le colocaron la camisa de fuerza.
Seguidamente se fueron. Al parecer, sin sentir ni experimentar sentimiento alguno. Lo mismo que si carecieran de corazón.
Caída en el suelo, hecha un ovillo, vencida por la implacable camisa de fuerza que anulaba sus movimientos, Helen se quedó sollozando.
Ya había dejado de sentir miedo.
Ahora sentía un auténtico terror.

* * *

Los dos enfermeros aparecieron a eso de las ocho de la mañana. Abrieron la puerta y entraron. Sus rostros seguían sin expresar nada.
La luz aún estaba encendida.
Encontraron a Helen en el mismo sitio que la dejaron. Seguía hecha un ovillo.
Los miembros de la muchacha se habían entumecido debido a las horas transcurridas y a la humedad de las baldosas del suelo, y apenas pudo ponerse en pie cuando los enfermeros la cogieron por los brazos,

bajo los sobacos. Las rodillas se le doblaban.
Luego fue recuperándose y mantuvo el equilibrio. Pero agrandaba demasiado los ojos, las pupilas. Su estado de ánimo, francamente lamentable por no decir algo peor, resultaba bien patente.
—Síguenos y no opongas resistencia —le dijo uno de los enfermeros, con brusquedad.
—Es mejor que no compliques las cosas —repuso el otro, sin contemplaciones de ninguna clase.
Se dejó llevar. ¿Qué podía ganar, negándose a lo que ellos pudieran pretender? De antemano sabía que nada. Absolutamente nada.
Además, Helen quería salir de aquella habitación, de aquella celda. Esto lo primero.
Se acordó de lo que le había hecho la enfermera. Sin duda, pues, le llevaban al despacho del doctor Gimmey.
En efecto, tras hacerla recorrer un buen trozo de aquel corredor, a ambos lados del cual aparecían las puertas enrejadas de aquellas celdas individuales, le hicieron entrar en una estancia muy bien amueblada.
Allí había una magnífica mesa escritorio, y tras ésta un sillón giratorio. Enfrente, un par de sillones de cuero de color negro. También había varios armarios. Parte de estos armarios eran archivos, donde se hallaban anotados el historial de todos y cada uno de los pacientes del establecimiento.
En la silla giratoria se hallaba un hombre de mediana edad, delgado, con patillas largas, perilla y una cicatriz en la mejilla derecha.
—Pasa, Helen, pasa… —dijo con tono cordial.
Era la primera vez, desde que había empezado aquella pesadilla, que alguien se dirigía a ella con un tono amable.
—Siéntese. Helen… —le señaló uno de los dos sillones de cuero negro. Y añadió, dirigiéndose a los enfermos—. Vosotros podéis iros… Pero antes, quitad a Helen la camisa de fuerza… Yo sé que no la necesita… Helen está ya curada… ¿Verdad, Helen, que tú ya estás curada…?
Los enfermos se limitaron a obedecer, y luego se retiraron. Sus rostros seguían sin expresar nada. Debía formar parte de su cometido.
En cuanto cerraron la puerta tras ellos, el hombre de mediana edad, delgado, de largas patillas, perilla y una cicatriz en la mejilla derecha, miró suavemente a la muchacha, que, sentada, ofrecía una espalda agachada, encorvada, curvada por el peso abrumador de los últimos acontecimientos.
—Tú y yo, solos, nos entendemos mejor —repuso.
—¿Es usted el doctor Gimmey? —quiso saber Helen.
—Sí, claro que sí —dijo éste— Pero, ¿por qué me haces esta pregunta? Sabes sobradamente que lo soy. Hace ya mucho tiempo que tú y yo nos conocemos, ¿no?

—¡Usted y yo no nos conocemos de nada! —exclamó Helen en un arranque, sin poder controlarse, sintiendo que tenía los nervios rotos.
—Por favor, Helen, ayúdame... Yo quiero ayudarte a ti... —Había de añadir—: Ya sé que esta noche te has portado muy mal... Pero quiero olvidarlo, ¿sabes? No hacerlo significarla que siguieses otros cuantos años...
—Oiga, doctor Gimmey, o como usted se llame, yo no he estado nunca aquí, ni poco ni mucho tiempo... ¿Por qué, pues, usted ahora, y antes la enfermera, parecen empeñados en...?
—Cálmate. Helen, cálmate. ¿Quieres un cigarrillo? —y se lo ofreció —. Aquí lo tienes.
—No fumo. No he fumado en mi vida —sentenció Helen—. Si tan bien me conociera debiera saberlo.
—Ya veo que hoy tienes un mal día —el tono del doctor Gimmey seguía siendo cordial—. Se nota que la noche ha sido mala. Pero, bueno, todo puede arreglarse si me escuchas, si me prestas la debida atención.
—Hable —Helen quiso armarse de paciencia, quiso poner de su parte.
Eso le facilitaría la situación. Por lo menos de tal manera quería suponerlo.
—Aquí tengo tu historial —dijo el doctor Gimmey, tras levantarse de su sillón giratorio, cogiendo una carpeta y sentándose de nuevo—. Voy a leerte algunos párrafos... ¿Para qué? Pues sencillamente, Helen, para que comprendas que cuando certifiqué tu locura te hice un favor. De no haberlo hecho así, hubieras acabado en la cárcel con una condena de veinte años, y esto contando con que los jueces se hubieran mostrado benévolos contigo. Lo que hiciste no fue para menos.
—¿Lo que hice...? —y los momentáneos arrestos de Helen se evaporaron, como sacados de pronto de su interior de un implacable manotazo.
—Mataste a una mujer... —dijo el doctor Gimmey.
—No, no... —Helen movió la cabeza de un lado al otro—. Yo nunca he matado a nadie.
—Si, mataste a tu vieja tía Úrsula. Y quiero que no lo olvides, para que comprendas que no ha sido tan malo para ti permanecer aquí diez años...
—¡Diez años! —exclamó Helen, estremeciéndose hasta lo más recóndito de su alma—. Si ayer me hallaba en el hotel de la carretera...
—Estás confundiendo los días y las noches... Estás confundiendo los hechos y las circunstancias... ¿Acaso te encuentras peor? Dime la verdad.
—¡Me encuentro perfectamente! —quiso gritar, aunque la voz no

terminaba de salirle de la garganta.
—Te recordaré todo lo sucedido, por si acaso... —y el doctor Gimmey había de explicarle a continuación—. Tu tía Úrsula os citó... Citó a sus tres sobrinos. Bruce, Ángela, Helen... Pero tú, Helen, te dirigiste a su encuentro sintiendo miedo. Era un miedo vago, impreciso, que no terminaba de definirse, pero que a poco te iba dominando... En el camino hacia la localidad de Webbertton, que era donde tu tía vivía en una gran casa, en un autocar de línea, coincidiste con tu prima Ángela y con su novio, Dennis. Coincidiste, asimismo, con tu más ferviente admirador, un tal Robin Clemmens. También hiciste cierta amistad con un joven muy alto, fuerte, que se presentó diciéndote que se llamaba Stanley Duffy.
—Sí, sí —asintió la muchacha—, pero todo eso no hace diez años, sólo hace unas horas. Además —se apresuró a añadir—, yo no he matado a tía Úrsula. ¿Cómo iba a hacerlo si ni siquiera he llegado a verla?
—La viste —repuso el doctor Gimmey— y la encontraste odiosa, más aborrecible y odiosa que nunca.
—¡No, no. eso no es cierto! —exclamó Helen.
—Discutisteis violentamente —prosiguió diciendo el doctor Gimmey —, y tú, sin poder controlarte, cogiste un cuchillo de encima de la mesa, os disponíais a cenar, y lo alzaste en el aire. Tu primo Bruce estaba presente y quiso impedir que cometieras un disparate. También quiso intervenir Dennis, el novio de tu prima Ángela. No llegaron a tiempo, le clavaste el cuchillo en el corazón, partiéndolo en dos. Murió en el acto.
—¡No! ¡No! —gritó Helen levantándose del sillón de cuero negro—. ¡Eso no es verdad!
—Desgraciadamente, lo es... —repuso el doctor Gimmey. Tras una pausa había de añadir—: Desde que fuiste calificada de demente y recluida aquí, un hombre ha venido frecuentemente a preguntarme por ti, a interesarse por tu salud... Creo que ha llegado el momento de que lo sepas.
—¿Quién es ese hombre? —preguntó Helen de un modo maquinal.
—Ahora está aquí —le hizo saber el doctor Gimmey— y como le he autorizado a verte, sólo espero que tú quieras...
—Pero, ¿quién es ese hombre? —y Helen se sentía tan aturdida, tan azorada, tan confundida, que ya no sabía si estaba en el presente o en el pasado.
—Robin Clemmens —dijo el doctor.
—¿Quién...? —volvió a preguntar—. ¿Quién...?
—Lo que has oído, Robin Clemmens. ¿Quieres verle?
—Había de agregar—: Pero antes de ponerte ante sus ojos, y él ante los tuyos, debes hacerte cargo de tu auténtica situación. Mataste a tu vieja tía Úrsula y desde entonces han transcurrido ya diez años... Solo

aceptando tales hechos podrás estar en condiciones de afrontar de un modo razonable y lógico...

—Quiero verle —repuso la muchacha, interrumpiéndole—. Quiero verle ahora mismo.

Pensó que le interesaba estar ante un nuevo testigo. Ante alguien que pudiera decirle que todo aquello que le habían contado sólo era una patraña, una pura invención.

—De acuerdo —asintió el doctor—, le haré pasar aquí. Pero tú, por favor, vuelve a sentarte. Que no te encuentre alterada. Piensa que ya hace diez años que no te ve...

A Helen le dieron ganas de gritar de nuevo. De gritar con infinito desespero. Pero se contuvo. Y se sentó dócilmente.

Y se quedó pendiente de la puerta interior por la que acababa de salir el doctor Gimmey. Por donde, por lo visto, no tardaría en aparecer Robin Clemmens.

Nunca creyó que pudiera llegar a desear tanto volver a ver a ese hombre. Siempre le había fastidiado su persistente asedio, pero lo cierto es que ahora deseaba fervientemente tenerle frente a ella.

Verle sería como reintegrarse a ese momento de su vida que unos y otros parecían empeñados en que quedara atrás, muy atrás.

Pero cuando Robin Clemmens apareció, la muchacha lanzó un chillido.

Robin Clemmens ya no era el hombre de unos cuarenta años que ella conoció. El Robin Clemmens actual aparentaba un mínimo de cincuenta años... ¡Tenía todo el cabello blanco!

La muchacha lanzó un nuevo chillido. Acababa de darse cuenta de que esos diez años, en efecto, habían transcurrido...

Pero no. no podía ser así. ¡Ella sabía que la noche antes estaba en el hotel de la carretera y que Stanley Duffy la acompañó hasta la misma puerta de su habitación!

—Helen... —le oyó decir a Robin Clemmens—, acaba de decirme el doctor que ya estás curada. Aún..., aún podemos llegar a ser felices. Yo te sigo queriendo...

Descompuesta, trastornada, desquiciada hasta límites terriblemente dramáticos, Helen se puso en pie de un brinco y se lanzó hacia la puerta que daba al corredor.

Huía de toda aquella inadmisible y descabellada demencia. Huía como si temiera ser atrapada, realmente, en aquella alucinante locura.

Ya en el corredor barnizado de blanco, la muchacha se detuvo, no sabiendo si dirigirse hacia la derecha o hacia la izquierda. Pero puesto que había llegado por un lado, pensó, lo aconsejable sería echar a correr por el otro.

Así lo hizo. Rápidamente.

Buscaba la salida. La buscaba arrebatadoramente, exasperadamente.

Sabía que tenía que huir, como fuera, de aquel sanatorio psiquiátrico.
Pero aquel corredor concluyó en otro que ofrecía, a su vez, dos direcciones a seguir. Volvió a detenerse, indecisa.
Se decidió por el de la izquierda, por el que le pareció que le llevarla más directamente hacia la salida.
Se equivocó.
Aquel corredor daba a un lugar donde se hallaban veinte mujeres, veinte dementes, compartiendo una sola celda de veinte camas. Sus familiares no podían permitirse el lujo de pagar mucho, así que ellas vivían, si es que a esto podía llamarse vivir, poco menos que hacinadas.
Helen llegó hasta la puerta de la celda, herméticamente cerrada con una barra de hierro.
Sacó el hierro y abrió, avanzando unos pasos. Excitada como estaba, huyendo como perseguida por el mismo Lucifer, no atinó a reflexionar sobre el lugar en el que podría hallarse metida.
Antes de tener tiempo a retroceder, se vio encerrada allí, en aquella celda que parecía una jaula de grillos.
Se vio encerrada, sí, porque las dos locas se apresuraron a cortarle la retirada. Quedaron allí, junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, como dos guardianes despiadadas e inexorables. No, no tenían intención de dejarla salir.
Se trataba de que una de las enfermas había asegurado a las demás, mientras se reía de su superioridad, que ella podía colgarse de una soga sin morir ahogada. Ahora iba a demostrarlo. Y por eso, porque el espectáculo iba a ser digno de ser contemplado, aquellas dos locas no querían que Helen se lo perdiera.
—¿De dónde has sacado la soga? —oyó que preguntaba una mujer vieja, flaca, desdentada, cuyos cabellos largos y resecos le hacían parecer una auténtica bruja.
—Del pabellón del jardín —contestó otra— . Eso ha dicho...
La enferma que había asegurado que se colgaría de una soga y no morirla ahorcada, se disponía a ejecutar su número. Los ojos le brillaban tanto de ilusión como de demencia.
Ya estaba la soga preparada. Ya estaba colocada, bajo ésta, una silla...
A Helen se le estaba poniendo los pelos de punta. Comprendía que aquello iba en serio. Espeluznantemente serio.
Notó que el corazón le sonaba como un tambor.
La loca no había de detenerse. Se subió a la silla, se puso la soga al cuello y luego, sin pensárselo dos veces, ¡zas!, derrumbó la silla...
Quedó colgada.
Las locas se echaron a reír, algunas incluso aplaudieron con entusiasmo.
La que pendía de la soga desorbitó los ojos y agitó las extremidades.

Un gesto de profundo horror ensombreció y crispó violentamente su rostro. Un gesto que para sus espectadoras no tuvo ningún especial significado. La prueba es que siguieron riéndose, aumentando el entusiasmo de sus aplausos.
Helen había querido avanzar y pedirle que no hiciera semejante cosa. Su pretensión había resultado inútil. El corro de espectadoras le impidió el paso.
Tras unos segundos, la víctima quedó inmóvil al extremo de la soga. Pavorosamente inmóvil.
—No se mueve —dijo una, y dejó de reír.
—Hace teatro — repuso la otra.
—Se ha matado... —dijo una tercera.
De pronto, surgió en aquella celda un silencio terrible, sobrecogedor. Un silencio que pared a hecho de agonía, de tormento, de estertores. Una mezcla enloquecedora.
—Dirán que hemos sido nosotras... —una de las locas se había puesto a sollozar—. Nos castigarán... Nos darán baños helados... Nos pondrán corrientes... Nos inmovilizarán con las camisas de fuerza... ¡Oh, no, no...!
Otras compartieron su angustia y también se pusieron a sollozar angustiosamente. Hasta que una de ellas, irascible, arrebatada, violenta, exclamó:
—La puerta está abierta. ¡Huyamos!
Poco después, todas salían precipitadamente de la celda. Allí sólo quedaba una loca, la que se había colgado. Pendía de la soga y se balanceaba como una muñeca grotesca.
Helen tuvo que afianzar los pies y sujetarse donde pudo para que la avalancha no la derribara.
Pero al ver que las locas corrían hacia el otro extremo del corredor, ella las siguió. Posiblemente, a pesar de su demencia, sabían mejor que nadie por dónde se alcanzaba la salida.
Efectivamente, pronto dieron con la puerta principal y salieron al exterior. Pero rodeando el edificio existía un jardín y acotado éste con una tapia imposible de saltar.
En el jardín, sobre el césped de unos parterres a medio arreglar, había dos palas y un rastrillo.
Las locas se apoderaron de las palas y el rastrillo. Veían que iban hacia ellas dos enfermeros decididos a someterlas. No consentirían que lo hicieran, antes lucharían como locas, como lo que eran...
Al verlas dispuestas a pelear, uno de los enfermeros optó por retroceder e ir en busca de ayuda. El otro no.
El otro cayó en poder de aquellas desquiciadas.
Recibió a cientos, exasperados, irascibles, frenéticos, los golpes de pala. Golpes que habían de acabar, no sólo llenándole de enormes

hematomas, sino abriéndole la cabeza y dejando ver cómo le asomaban los sesos. Las púas del rastrillo, por su parte, se le clavaron en el cuerpo y en el rostro infinidad de veces, hasta la saciedad.

Murió en menos de cuatro minutos.

Cuatro minutos horripilantes.

Contemplando tan macabra y atroz escena, Helen sintió como si su corazón, incapaz de resistir tanta tensión, fuera a estallarle de un momento a otro.

En aquel instante tropezó con algo y cayó al suelo, dándose bruscamente en la sien con el bordillo del parterre.

Perdió el conocimiento.

CAPÍTULO III

Helen entreabrió los ojos y la luz del nuevo día, a través de las personas de la ventana, le hirió en las pupilas.
Se incorporó en la cama.
En esa cama algo antigua, pero cómoda, de la habitación que había alquilado en el hotel de la carretera. Sí. se trataba de esa habitación, no de otra. Allí estaba el tocador de espejo ovalado y el armario de dos cuerpos, y el empapelado un tanto descolorido.
Se miró a sí misma. Llevaba el floreado pijama con el que la noche antes se había acostado.
Todo había sido un sueño...
Un alucinante, siniestro y diabólico sueño...
¡No! ¡No...!
Todo aquello había sucedido de verdad.
Estaba segura de ello. Tan segura de ello como de que en el cielo existen las estrellas.
De pronto se vio abriendo la puerta que daba al pasillo y chillando, sollozando, gimiendo, presa toda ella de un auténtico ataque de histeria.
En consecuencia, no tardó en ver gente a su alrededor. Gente que intentaba calmarla, sosegarla.
—Pero, ¿qué te pasa...? —oyó que le preguntaba su prima Ángela.
La misma Ángela de la última vez; joven, muy joven, aún no había cumplido los veinte años.
—Cálmate, por favor —oyó asimismo la voz de Dennis, el novio de su prima.
Dennis también era el mismo. Tampoco para él habían pasado esos diez años.
—Será mejor que se tome un tranquilizante —intervino Stanley Duffy.
Helen miraba a su alrededor. Buscaba a alguien. Le buscaba con ansia.
—¿Y Robin...? —preguntó finalmente—. *¿Y* Robin Clemmens...? ¿Dónde está? ¿Qué habitación es la suya?
El dueño del hotel había de informarle.
—Se fue ayer noche, señorita.
—Pero, ¿qué te sucede, Helen? —su prima pared a muy preocupada —. Estás pálida, ojerosa... Debes haber pasado muy mala noche...
—Peor que eso —dijo Helen.
Y les explicó lo que le había sucedido. ¡Lo que le había sucedido realmente!
Se había despertado en la celda individual de un sanatorio psiquiátrico. Luego conversó con el doctor Gimmey, quien le aseguró que permanecía allí desde hacía más de diez años. Más tarde apareció Robin Clemmens, mucho más viejo... También les refirió el hecho de aquella loca que se había ahorcado a sí misma, y de las dementes que

lincharon al enfermero a golpes de pala y rastrillo. Luego, les siguió explicando, ella se había caído, dándose en la sien con el bordillo del parterre, perdiendo el conocimiento. Al volver en Sí, no obstante, había vuelto a encontrarse en la habitación del hotel de la carretera.
—Todo esto que has contado —repuso Ángela— no tiene ni pies ni cabeza. Es la tuya una historia realmente inadmisible...
—Debes haberlo soñado —añadió Dennis—, Sin duda se trata de eso. Hay sueños vividos tan profundamente, que al despertar juraríamos que han sido auténticos... Pero es una impresión falsa, así que no debes sentirte tan afectada.
—¡Os aseguro que me ha sucedido lo que acabo de contaros! —exclamó Helen—. ¡Os aseguro que no se ha tratado de ninguna pesadilla!
—Te lo ruego, serénate —y su prima Ángela no sabía cómo enfocar el caso, desconcertante por cierto.
—Sí, serénate: esto lo primero —dijo Dennis, esforzándose por sonreír y hacer menos tirante la situación.
Pero fue Stanley Duffy quien supo tratar a la muchacha del modo adecuado, conveniente. En principio nada de insistir en que no tenía razón, en que aquello había sido un producto de su imaginación.
Le dio a tomar una pastilla y seguidamente le rogó que se vistiera, que se arreglara. Debían desayunar antes de que el autocar reemprendiera la marcha.
Ya en el autocar, mientras veían pasar el paisaje a través de los cristales de la ventanilla, mientras reparaban en la niebla que iba aumentando conforme avanzaban. Stanley Duffy se permitió decir por primera vez:
—Ha sido todo muy extraño. No tiene explicación.
—No me ha creído, ¿verdad? —se angustió Helen.
—Si, si —aseguró él.
—Debe estar suponiendo lo mismo que mi prima, que he sufrido una pesadilla. No, no se lo reprocho. Lo lógico es que lo crea así. Pero yo le aseguro que mi historia es verídica. Angustiosa y alucinantemente verídica.
—La creo —aseguró Stanley.
—¿De veras? —preguntó ella, bastante incrédula.
—Si —afirmó el joven— por una sencilla razón.
—¿Qué razón es ésa? —quiso saber.
—Usted ha dicho que se cayó, que se dio en la sien y que perdió el conocimiento.
—Sí.
—Pues bien —dijo Stanley—, encima de la sien le caen los rizos de su oscura melena, pero aun así el golpe es bien visible.
—Si, me duele —repuso Helen llevándose la mano a la sien derecha y

palpándosela.
—Eso indica —corroboró Stanley— que no ha sido un sueño, que no se trata de ninguna pesadilla. Por lo demás, ¿y ese tal Robin Clemmens...? Ha desaparecido, ¿no? Demasiado sospechoso o significativo, como se prefiera.
—Me alivia que se ponga de mi parte —y la muchacha respiró más profundamente—. Ha sido una suerte —agregó— que sea detallista y haya reparado en mi herida.
—Mal detective serla si no hubiera reparado en un detalle tan simple.
—¿Cómo? ¿Es detective...? —se sorprendió Helen.
—Sí.
La muchacha se quedó callada unos segundos. Aunque no muchos. Sólo los suficientes para recapacitar un poco.
—Oiga —dijo después, volviéndose decididamente hacia el joven—: estoy dispuesta a contratar sus servidos.
—¿Ah, sí?
—Necesito que me proteja —manifestó, si bien con un tono muy bajo para que ninguno de los ocupantes del autocar oyera sus palabras —. Ya antes de pasarme eso tenía miedo... No sabía de qué, ni de quién, pero la verdad es que lo tenía... ¡Imagínese cómo debo encontrarme ahora! ¿Le bastan de momento, como anticipo, cincuenta libras?
—No puedo aceptárselas —apuntó Stanley—. De ninguna de las maneras. No sería ético por mi parte.
—¿Por qué no?
—Se lo diré en otro momento. Pero usted tranquila, de todos modos pienso protegerla.
—¿Lo dice en serio? —se animó la expresión de la bonita muchacha.
—Totalmente.
—¡Oh, qué amable es usted!
—Me encanta parecérselo —y Stanley sonrió abiertamente a la muchacha. No había de tardar en preguntarle—. Oiga, ¿cuántos días se quedará en la casa de su tía?
—No lo sé —dijo Helen— , depende de para qué nos haya mandado llamar.
—Su prima Ángela va acompañada de su novio. Eso quiere decir, en buena lógica, que en la casa de su tía, como novio de Ángela, habrá cabida para él.
—Si —asintió Helen.
—Pues a partir de este mismo instante —dijo Stanley— su novio soy yo. ¿Qué le parece?
—Tía Úrsula sabe que yo no tengo novio.
—Hemos coincidido en este autocar, nos hemos gustado y sin más hemos formalizado. Lo dicho, ahora somos novios. ¿Quién va a negarlo si nosotros lo afirmamos?

—No me parece del todo convincente —opuso Helen.
—Lo suficiente —observó Stanley— para que los demás tengan que aceptarlo. Así podré seguir a su lado y protegerla, ¿comprende?
—Si, claro —asintió. Pasados unos segundos había de añadir—: De acuerdo. Somos novios.
—¡Qué hombre más afortunado me siento! —exclamó Stanley, bromeando.
A eso de las doce menos diez, el autocar se detuvo. Una parada de media hora. Así sus pasajeros podrían tomar un refresco, o lo que prefirieran, y podrían asimismo estirar un poco las piernas.
El autocar se detuvo donde solía hacerlo siempre, ante un moderno snack-bar. Cerca de allí había una gasolinera. No demasiado lejos, una vieja casa de planta baja. El resto era campo.
—¿Te apetece un bocadillo? —le preguntó Stanley a la muchacha, había surgido el tuteo. Algo completamente normal si se tenía en cuenta que «eran novios».
—No tengo el menor apetito.
—Sólo has tomado un poco de café —le recordó él.
—Y una pastilla — agregó ella.
—Que no te ha calmado mucho.
—No, lo reconozco. Sigo muy nerviosa.
—Me tienes a tu lado...
—Es lo único que me consuela.
Como Stanley Duffy viera que del autocar bajaban Ángela y Dennis, fue hacia ellos y les dijo:
—Helen quiere decirles algo —y ya junto a la muchacha, con naturalidad—: Anda, preséntame, cariño.
—Es mi... mi novio —tartamudeó Helen—. Acabamos de... de formalizar... —se le cortaban las palabras, dando por descontado que aquello no iba a creérselo nadie.
—Ha sido un flechazo —aseguró Stanley.
—Vaya, vaya... —Ángela hizo un gesto que no parecía, por descontado, muy convincente.
—Mucho gusto —se limitó a decir Dennis.
—¿Qué les apetece? —preguntó Stanley—. Yo Invito. ¡No faltaría más! Somos ya casi de la familia...
—Yo voy a arreglarme un poco —dijo Ángela—, creo que estoy muy despeinada. Pida para mí lo que sea. Y gracias por la invitación.
—Yo me voy con ella —repuso Helen—. En seguida estaremos de vuelta. Para mí un refresco, cualquier cosa.

* * *

Helen acababa de peinarse y de mirarse al espejo. Se vio pálida,

ojerosa.
Salió de allí pocos instantes después, dejando a Ángela retocándose el maquillaje. Pero la esperó a un par de metros de la puerta del cuarto de aseo. Sin duda no tardaría en salir.
No obstante, apenas se quedó en pie esperando a su prima, un chiquillo se le acercó.
—¿Se llama usted Helen...?
—Si —dijo ella.
—Me han dado esto para usted —y le entregó un papel.
Helen lo cogió, lo desdobló y leyó:

«Te espero en la casa que hay más allá de la gasolinera. No se lo digas a nadie, porque si vinieras acompañada tendría que huir y no podría explicarte nada.

»Robin Clemmens.»

Helen llegó a tiempo de retener al chiquillo. Le cogió por un brazo.
—Oye, ¿quién te ha dado esto?
—Un señor.
—¿Qué señor...?
—No sé su nombre —respondió el chiquillo—. Es forastero.
Helen no pudo contener su impulso. Iría a la casa, acudiría a la cita que acababa de recibir. Si allí estaba Robin Clemmens, éste sin duda podría explicarle...
No se anduvo en más reflexiones. De hacerlo, hubiera desistido de su idea. Presentarse allí era una pura insensatez. Y entrañarla, quizá, posiblemente, un grave riesgo.
Pero todo lo que le había sucedido era tan horrible, y a la vez tan incomprensible, que Helen deseaba, necesitaba encontrarle una explicación.
Así, pues, salió presurosa del snack-bar. Por la puerta lateral, para que Stanley no la viera. De verla le prohibiría ir o se empeñaría en acompañarla. En tal caso, Robin Clemmens huirla y ella se quedarla sin aclarar nada.
Corrió, pasando de largo ante la gasolinera. Llegó hasta la casa vieja de planta baja. El día estaba nublado y la niebla había llegado a ser tan espesa que daba la sensación de ser una cortina.
Quizá debido a la niebla, su súbita decisión, su valentía, desaparecieron cuando se encontró allí, ante aquella casa que parecía abandonada.
Volvió a sentir miedo. Ese miedo del que se había olvidado por unos instantes.
Se dispuso a llamar. Pero no. no iba a hacer falta que llamara. La puerta estaba entreabierta.

Y como si esto fuera poco, oyó la voz de Robin Clemmens desde el interior, que le decía

—Pasa, Helen, pasa…

No se lo hizo repetir. Se adentró un par de pasos. Pero sólo un par de pasos por si lo que veía no le gustaba y prefería retroceder.

Sin embargo, había avanzado ya demasiado. Acababa de ceder una tabla bajo sus pies, y cayó por un agujero, deslizándose bruscamente por una pronunciada rampa.

Fue a parar al sótano de la casa, donde todo era oscuridad. Una oscuridad absoluta, tenebrosa. Y notó como si esa oscuridad se le pusiera en la garganta, apretándosela igual que si de unas tenazas asfixiantes se tratara.

Durante más de medio minuto permaneció quieta, en la misma postura que había quedado al caer. Luego se llevó la mano al costado, sentía los tendones doloridos. Pero su gesto fue instintivo. Estaba demasiado asustada para darse cuenta de lo que le dolía aquella parte del cuerpo.

Pensó que no tardaría en aclimatarse a la oscuridad y que entonces vería algo. Pero no, la oscuridad era tan intensa que seguía sin ver nada.

De pronto experimentó la agobiante sensación de que no estaba sola.

Debe ser Robin Clemmens, pensó.

Pero la sensación experimentada le hizo sentir, o presentir, que no se trataba de Robin Clemmens sino de una presencia mucho más inquietante, mucho más enloquecedora.

Sin apenas aliento, entrándole y saliéndole el aire de los pulmones con mucha dificultad. Tanteó con las manos dando con una pared. Ya con aquel punto de referencia, poco a poco se fue poniendo en pie.

Le temblaban las rodillas y le daba vueltas la cabeza en medio de aquella oscuridad que parecía querer tragarla.

Ya en pie, volvió a quedarse quieta, inmóvil, sintiéndose incapaz de mover sus propios miembros, había oído un rugido.

¡El rugido de un león!

No, no podía tratarse de otra cosa. Estaba perfectamente claro. Aunque aceptar la idea resultaba escalofriante.

Se pegó de espaldas a la pared, temblando lo mismo, o peor, que si ante ella se hallase un piquete de ejecución y la voz de ¡fuego! fuera a oírla de un momento a otro.

—No, no… —gimió desesperada, lamentando una y mil veces haberse separado de Stanley Duffy.

Volvió a oír el espeluznante rugido. El león tenía que estar cerca, muy cerca. Lo oía ahí mismo, apenas a dos metros de ella, quizá aún más cerca. Si daba un zarpazo, sin duda lo sentiría en su carne.

Helen sentía un terror absoluto. Un pavor que paralizaba sus

músculos, sus movimientos. Su excitación, su tensión, habían llegado a un límite insostenible.
De nuevo el espeluznante rugido. Pero este aún más fuerte, más amenazador. Pareció como si el sótano retemblase.
Abrió los ojos, forzándolos al máximo. Quería taladrar la oscuridad. Quería ver si Reparaba en los ojos del león. ¿No había leído en alguna ocasión que los ojos de los leones brillan en la noche como luciérnagas?
Debía ser literatura. Ella no veía nada en medio de aquella impenetrable y tétrica oscuridad.
Pero el león estaba...
Se pegó aún más contra la pared, mientras sus labios, con agónico esfuerzo, musitaban:
—Piedad.... piedad...
En eso oyó la voz de Robin Clemmens que le preguntaba.
—Tienes miedo, ¿verdad?
—Si, sí —asintió ella temblando.
—Pues no debieras tenerlo. Yo estoy aquí...
—También está el león —repuso Helen notando que la espalda, sudorosa, se le pegaba a la pared.
—¿Qué león? preguntó Robins Clemmens, quien de momento no era una presencia, era sólo una voz.
—El que lanza esos horribles rugidos —jadeó la muchacha, cada vez más sudorosa—. ¿O acaso —inquirió seguidamente— está enjaulado?
Era su única esperanza. Que el león estuviera allí, como en realidad lo estaba, pero que se hallase encerrado en una jaula.
La respuesta de Robin Clemmens la dejó helada. Como metida, de pronto, entre cubitos de hielo.
—Aquí estamos solos tú y yo.
—No, no —negó ella—. He oído perfectamente esos rugidos!
—¿Si enciendo la luz y ves que no hay nadie, te convencerás de que es verdad lo que te digo? —preguntó Robin Clemmens.
—¡Sí! ¡Sí! —exclamó repetidamente ansiosa de que aquella tenebrosa y macabra oscuridad no siguiera rodeándola.
—Pues ya está... —y dio al interruptor de la luz, por lo que una bombilla se encendió en lo alto del techo.
Helen tuvo que cerrar los ojos. La claridad le dañó en las retinas. Solo de momento, claro. Después los volvió a abrir, esta vez respirando con cierto alivio. Allí, en efecto, no había ningún león.
Pero, entonces, ¿y aquellos rugidos horribles?
Cerca de la puerta, a la que se llegaba tras subir unos ocho o nueve peldaños, estaba Robin Clemmens. Esa puerta, sin duda, comunicaba interiormente con la casa.
Robin Clemmens seguía representando más de cincuenta años. Tenía

todo el pelo blanco.
—¿Qué pretende..,? inquirió Helen—. ¿Hacerme creer de nuevo que han pasado diez años? No comprendo a dónde quiere ir a parar... Tengo la cabeza bien clara, así que...
—Desgraciadamente no es como dices — repuso Robin Clemmens—. Estás loca, loca, como lo estuvo tu madre.
—¡No! ¡No! —exclamó Helen, y con las manos se tapó los oídos, no quería oír aquellas palabras.
—Es así, Helen, aunque a ti no te guste. A pesar de todo yo te quiero, tú lo sabes, y me gustarla casarme contigo.
—Si de verdad me quiere, ¿por qué me tiende estas trampas? Me cita aquí, hace que el suelo falle bajo mis pies y me caiga en una... Luego oigo los terribles rugidos de un león. ¡Porque los he oído, no me lo niegue!
—Has estado muy enferma. Más de diez años recluida en un sanatorio psiquiátrico... Porque han pasado diez años, diez años... —y Robin Clemmens lo repitió una y otra vez, como en una siniestra cantinela.
—¡No! —gritó Helen.
—Por eso tengo el cabello blanco, porque han pasado ya diez años — seguía en lo mismo, inapelable en sus argumentos.
—No, no... —gimió ahora Helen.
—Te lo dijo el doctor Gimmey, ¿no lo recuerdas? Te lo dijo también la enfermera... Han pasado ya diez años desde que...
—¡Mentira! ¡Mentira! —exclamó—. Yo voy en un autocar camino de la casa de mi tía Úrsula. Me acompaña Ángela, mi prima, y Dennis... Me acompaña también Stanley, mi novio...
De súbito, la expresión de Robin Clemmens se crispó brusca y violentamente. Un grito de sorpresa y de dolor se quedó ahogado en su garganta porque no le respondieron las cuerdas vocales.
Después, su cuerpo se desplomó, cayendo desde el descansillo en que se encontraba por los peldaños descendentes. Quedó inmóvil en el suelo, aplastando su cara contra el suelo. Quedó muy cerca de la muchacha.
Le habían clavado un cuchillo en la espalda. Un cuchillo enorme a juzgar por lo descomunal que era el mango.
La sangre le salía a borbotones.
Helen se sintió al borde de sus fuerzas. El miedo, el pavor, el pánico, le estallaron dentro del pecho como un globo. Un globo que se fue dilatando, dilatando, con la evidente amenaza de hacer que reventaran las vértebras, los huesos, las venas...
No se atrevió a tocar a Robin Clemmens. Si no había muerto, moriría sin duda de un momento a otro.
Vio abierta la puerta del descansillo. Allí estaba la salida, su única oportunidad.

Enajenada, víctima de delirio, de frenesí, de vértigo, se precipitó escaleras arriba.
Ya en la planta baja de la casa, no vio a nadie. A nadie en absoluto. Aunque alguien, poco antes, tenía que haber estado allí. Alguien, forzosamente, tenía que haber clavado aquel cuchillo en la espalda de Robin Clemmens.
Alcanzó la puerta de salida y echó a correr a campo traviesa, en medio de la espesa niebla. Echó a correr hacia el snack-bar, donde sabía que encontraría a Stanley Duffy.
Pero le encontró a medio camino.
—¿A dónde has ido...? ¿De dónde vienes...? ¿Qué te ha sucedido...? —al verla en aquel estado, las preguntas salieron de corrido.
Helen se echó llorando angustiosamente, histéricamente, en sus brazos.
Los brazos de él la apretaron, la cobijaron.
—Cálmate, cálmate...
Luego, ya en presencia de Ángela y Dennis, la muchacha había de explicar todo lo que le había pasado.
—Cuesta creerlo... —comentó Ángela al término de sus palabras—. Pero al salir de arreglarme el maquillaje y al ver que no estabas, y que tampoco estabas con Dennis y Stanley, desde luego algo malo he presentido.
—Te he buscado en todo el snack-bar, y también en la gasolinera —añadió Stanley Duffy— y al no dar contigo he pensado que podías estar en esa casa. Por eso he ido en tu busca... Pero, en conclusión —decidió— no puedo irme de aquí sin echar una ojeada a la casa. Luego daremos parte a la policía.
Pero cuando Stanley llegó a la casa, no se encontró con la puerta abierta. Se la encontró cerrada.
Llamó.
Casi de inmediato le abrió una mujer alta, recia, con un delantal a cuadros.
—Dígame, ¿qué desea?
Stanley le dijo lo que acababa de suceder allí.
—Imposible, señor —fue la respuesta-. Aquí no ha entrado nadie.
—Hay un muerto en el sótano —le comunicó.
—¡Qué dice! —exclamó—. ¿Un muerto en mi casa? —y había de añadir—: Pase usted, señor, y mire todo lo que le apetezca. Aquí no hay trampas ni leones, ni muertos... Convénzase usted mismo.
Stanley no desoyó la invitación y entró decididamente en la casa. Una casa en cuyo interior había unos muebles viejos, destartalados. Una mesa, cuatro sillas y un aparador, y poco más. Había, eso sí, un bonito y nuevo tocadiscos.
En conclusión, ni la tabla de madera cedió bajo sus pies, ni por ningún

lado vio un león. Tampoco vio ningún muerto.
—Perdone, señora —se vio forzado a decir finalmente.
Cuando se reunió con los demás, que se habían quedado en el snack-bar, le miraron expectantes.
—¿Qué, Stanley…? —le preguntó ansiosa la muchacha—. ¿Lo has visto todo?
—No he visto nada —contestó el detective con el ceño fruncido.

* * *

Durante el resto del viaje, Stanley Duffy apenas habló. Daba la sensación de sentirse sumamente preocupado.
Vigiló a Helen en todo momento, no fiándose al parecer de que, de nuevo, pudiera tomar iniciativas por su cuenta.
A la hora del almuerzo tampoco habló mucho. Apenas unas palabras, las imprescindibles.
Al llegar a Webbertton, al anochecer, dijo a la muchacha:
—Menos mal, ya hemos llegado.
Helen había permanecido también, hasta entonces, visiblemente preocupada y nerviosa, muy nerviosa.

CAPÍTULO IV

La casa de tía Úrsula, a un kilómetro aproximadamente de la localidad de Webbertton, era una gran propiedad, en cuyo interior, muebles, tapices, cuadros, cortinajes, todo constituía un elocuente exponente de la riqueza de su dueña.

Por lo que respecta a ésta, era una mujer de unos sesenta y tantos años, alta y seca, arrugada, y que parecía no saber sonreír.

No obstante, recibió bien a Ángela y a Dennis. Otro tanto puede decirse del recibimiento que dispensó a Helen y a Stanley. En este caso comentó:

—Tu novio, ¿eh?

Allí se hallaba ya Bruce, el hermano de Ángela. También estaba la joven que en breve iba a convertirse en su esposa. Se llamaba Catalina y era una muchacha sumamente atractiva. Desde luego su fuerte era el tipo.

Stanley Duffy reparó detenidamente en Bruce, un hombre de unos treinta años, recio, que según le había contado Helen estaba muy bien situado económicamente, y puesto que alguien tenía que haberle dado mil libras por proteger a Helen, podía haber sido él. A menos que fuera la propia tía Úrsula quien le hubiera enviado aquella carta.

De las restantes personas no podía imaginarse tal cosa. Su falta de dinero las descartaba totalmente de tal posible suposición.

A menos que se tratara de...

Volvió su mirada hacia el doctor Dixon, un hombre ya mayor, de mediana estatura, amable y cordial. Estaba pasando allí unos días.

¿Acaso sería el doctor Dixon la persona que...? Pero Helen no había visto en su vida al doctor Dixon. Para ella era un completo desconocido. No resultaba lógico, pues, que se tratara de él, en principio al menos.

—Mañana hablaremos... —había de decirles tía Úrsula al final de la cena—. No hay prisa y prefiero que os sintáis descansados.

—Como tú quieras, tía —respondió Ángela.

Esta apenas había mirado a Bruce, su hermano. Saltaba a la vista que no se llevaba bien.

—Usted manda, señora —acató dócilmente Dennis.

—De acuerdo, tía —dijo Helen.

Stanley no había de hacer comentario ninguno.

—Muy bien, tía —repuso a su vez Bruce.

Su novia, Catalina, se limitó a esbozar una sonrisa.

Seguidamente se dirigieron al salón, allí tomarían el café.

Había de servirlo Laurie, la doncella, una muchacha, ya no tan muchacha, a la que le habían pasado los años sin darse cuenta. Había cumplido ya los treinta y ocho y todavía no había encontrado un hombre que se interesara seriamente por ella.

—No ha tenido suerte —comentó tía Úrsula antes de que les sirviera el café—. Pero la suerte que le ha faltado a ella la he tenido yo, así no me he visto precisada a prescindir de sus servicios, inestimables por cierto.
Seguidamente había de explicarles que unos meses atrás se desmayó en la bañera y que hubiera muerto ahogada de la manera más tonta a no ser porque Laurie, eficaz y competente, creyó oír un ruido sospechoso y se apresuró a ir en su auxilio. Había llegado a tiempo, salvándole la vida.
Cuando Laurie llegó con el café, unos y otros le miraron. Después de lo que acababan de escuchar, mereció más la atención de todos ellos.
No llevaba demasiado bien los treinta y ocho años que había cumplido, quizá porque tenía poco de guapa. Lleno de pecas el rostro, la silueta por su parte se le había redondeado excesivamente. Pero sonreía con amabilidad y eso la favorecía.
En el salón permanecieron cosa de media hora, hasta que tía Úrsula se levantó y dijo que iba a acostarse.
—Estaréis cansados después de tantas horas de autocar. Estáis en vuestra casa. Actuad a vuestra entera comodidad.
Eran unas palabras sumamente gentiles que parecían no encajar, ni poco ni mucho, en su severa y agria personalidad. Pero las había pronunciado.
Le desearon buenas noches.
Luego, uno a uno se fueron retirando a sus respectivos dormitorios. Los tenían ya debidamente preparados. La pecosa y rechoncha Laurie, eficaz y competente como siempre, se había encargado de que todo estuviera dispuesto para cuando llegaran.
El primero en iniciar la marcha fue el doctor Dixon. Luego se fueron Ángela y Catalina. Un poco más tarde Dennis y Bruce.
Intencionadamente, Helen se había quedado de las últimas. Quería hablar con Stanley antes de acostarse.
Pronto consiguió lo que deseaba, pues no tardó en encontrarse a solas con él.
—¿No vas a acostarte? —le preguntó el joven.
—Antes necesito hablar contigo —contestó ella—. Debo explicarte unas cuantas cosas.
—Me parece muy bien —y Stanley Duffy se sentó en un sillón, frente a ella.
—Verás —empezó a decir Helen, aunque no sin ciertos titubeos—, creo que debo sincerarme contigo. Después de todo lo que me ha sucedido… En fin, que creo que vale la pena que sepas exactamente a qué atenerte…
—Dime. Helen.
—Mi abuelo paterno era dueño de una fortuna considerable —refirió

Helen—. Pudo haber dejado ricos a sus tres hijos, había para todos. Pero no, a mi padre le desheredó, y también desheredó al padre de Bruce y Ángela. Todo lo heredó tía Úrsula.
—¿Por qué hizo eso? —quiso saber Stanley.
—Porque sus dos hijos se casaron desentendiéndose de su autoridad —contestó Helen—. Bueno, en realidad porque...
Se había detenido. Le costaba explicar todo aquello. Aquel pasado dolía, era una herida muy honda clavada dentro de ella.
—¿Por qué? —inquirió Stanley.
—Porque su hijo mayor, el padre de Bruce y Ángela, se casó con una muchacha de vida alegre. No se vio capaz de perdonarles, ni al uno ni al otro.
—Prosigue.
—En cuanto a su otro hijo, mi padre, se casó con..., con... —pero Helen se detuvo de nuevo, ciertamente le estaba costando un esfuerzo increíble referirse a todo aquello.
—¿Con quién se casó?
—Con mi madre, una muchacha que había estado recluida en un sanatorio psiquiátrico —esto lo dijo Helen ahora de una tirada. Luego añadió—: Según mi abuelo, se casó con una loca...
—Si le dejaron salir del sanatorio psiquiátrico —observó Stanley Duffy— debía estar ya curada.
—No exactamente —reconoció Helen, y se esforzó por no esconder, por no apartar su mirada de aquella masculina que senda fija en ella.
—¿No...?
—Al año de haber nacido yo —repuso, haciendo frente, valientemente, a esa Verdad de la que honradamente no podía ni debía esconderse— al año... tuvo que ser ingresada de nuevo. Ya no volvió a salir.
Hubo un silencio violento entre ambos.
—¿Sigue tu madre en ese centro psiquiátrico?
—No, murió hace ya algunos años. —Seguidamente había de ampliar—: También, hace algunos años, murió mi abuelo... Y todo se lo dejó a tía Úrsula, que se había quedado soltera. Le aseguró que sus otros hijos no se merecían nada.
—Voy comprendiendo.
—Pero mi tía Úrsula es ya mayor, y además no se encuentra bien de salud. Supongo que a eso se debe que nos haya mandado llamar. No debe saber a quién dejar su dinero.
—Podría dejarlo a sus tres sobrinos, a partes iguales —sugirió Stanley.
—Tía Úrsula se parece al abuelo, así que no es de esperar que adopte decisiones lógicas y naturales.
—Entonces, ¿qué supones que hará?
—Supongo que vamos a permanecer aquí unos cuantos días en plan de

observación.
—¿Observación?
—Sí. Y si resulta que Bruce y Ángela demuestran parecerse moralmente a su madre, quedarán automáticamente desheredados. Como automáticamente seré desheredada yo —puntualizó Helen— si tía Úrsula cree ver en mi la demencia de mi madre. Para eso está aquí el doctor Dixon, para asesorarla debidamente. Nadie me lo ha dicho, claro que no, pero resulta fácil deducirlo.
—Tal vez sea así —admitió Stanley.
A continuación, Helen había de decir, más alzada que nunca su mirada.
—Te aseguro. Stanley, que yo nunca he sufrido ningún trastorno mental. Ni de niña, ni en la pubertad, ni ahora, ni nunca. Siempre me he encontrado perfectamente.
—Te creo.
—Sin embargo —subrayó—, últimamente... Tú ya lo sabes, me han pasado cosas incomprensibles. Tan incomprensibles que yo soy la primera en no entenderlas... Son pura sinrazón, auténtica locura...
—Si, lo son —admitió Stanley.
—Pero nada de todo eso me lo he inventado yo. Te lo juro... ¡Te lo juro! —hubo énfasis en su voz, y a la vez desespero, y también angustiosa impotencia.
—No te preocupes —Stanley estrechó las manos de ella entre las suyas —. Todo se arreglará.
—Si, si —asintió ella—. ¿Pero qué explicación tiene todo eso? ¡Oh, Dios mío!, parece como si alguien quisiera que yo perdiera la razón.
—O algo parecido... Sí, en esto exactamente estaba pensando.
—¿Qué? —preguntó ella.
—Me parece que tienes un enemigo, un peligroso enemigo. Pero, ¿quién puede ser ese enemigo? De eso se trata, de que debo averiguarlo. De momento tranquilízate y tómatelo con calma. Ahora vete a la cama y procura descansar. ¡Ah! —le advirtió—, y ciérrate por dentro y no abras a nadie.

* * *

Ya en su dormitorio. Stanley Duffy apagó las luces y luego encendió un cigarrillo. Se quedó tras los cristales de la ventana, mirando hacia el exterior.
Estaba convencido de que vería algo de interés. Algo que valdría la pena no ignorar.
Pero estuvo más de una hora allí, fumando un cigarrillo tras otro, y no vio nada, ni vio a nadie.
No obstante continuó allí, impertérrito.

Su tenacidad había de verse finalmente compensada. Reparó en un coche que se detenía en la carretera y en alguien que, habiendo salido de la casa, se dirigía hacia aquel lugar.
No pudo ver de quién se trataba. Era plena noche.
Pero se propuso averiguarlo. Así que salió sigilosamente de su habitación y descendió sin hacer ruido por la ancha escalera, cruzando seguidamente el vestíbulo.
No tuvo necesidad de abrir la puerta. Ya estaba abierta.
Una vez fuera de la casa, siguió los pasos de quien, por lo visto, deseaba hablar con la persona que iba al volante de aquel coche.
Tras la explanada que había ante la casa, el terreno se convertía en algo idóneo para poder seguir una pista sin ser visto. Abundaban los matorrales y los arbustos.
Sin embargo, Stanley Duffy no pudo conseguir su objetivo. Del modo más inesperado alguien se le precipitó encima. Llevaba una estaca y la descargó furiosamente en su cabeza.
Otro hubiera caído desplomado como un saco de patatas. Stanley se tambaleó, incluso dio la sensación de que no iba a conseguir mantener el equilibrio. Pero finalmente quedó en pie y se lanzó al contraataque.
En conclusión, el intruso se vio desconcertado ante una reacción que no esperaba. Luego de aquel tremendo golpe en la cabeza, lógicamente sólo cabía esperar que el atacado quedara sin sentido.
No había sido así, y ahora le tenía ante sí, dispuesto, evidentemente, a presentarle cara.
Stanley se dio cuenta de cómo era esa persona. Un hombre de mediana edad, delgado, con largas patillas, perilla y una cicatriz en la mejilla derecha.
Recordando lo que Helen le había referido de su «permanencia» en el sanatorio psiquiátrico, no pudo menos de pensar que aquel hombre tenía que ser forzosamente el doctor Gimmey.
Alargó el brazo con el puño cerrado y sus nudillos fueron a estrellarse en la mandíbula de su adversario.
Este cayó sobre la hierba que cubría la tierra, quedándose allí tumbado.
En un abrir y cerrar de ojos, Stanley Duffy se había hecho el dueño de la situación. Aquel hombre, que sin duda era el doctor Gimmey, o el que como tal se presentaba, no era adversario para él. No le llegaba ni a la suela de los zapatos.
Pero Stanley no llegó a inclinarse sobre él y a sujetarle por las solapas, zarandeándole sin contemplaciones. Se quedó con las ganas de hacerlo.
De pronto se oyó, desde la casa, un grito estridente…
Y era Helen quien había gritado. Lo hubiera asegurado. Stanley dejó de prestar atención a su ex atacante y se precipitó hacia la casa.

La seguridad de Helen era lo primero.

* * *

Unos minutos antes, Helen se había acostado. Pero no terminaba de conciliar el sueño y optó por levantarse.
Acababa de hacerlo, poniéndose una bata para no coger frío, cuando oyó que alguien daba unos golpecitos a la puerta de su dormitorio.
Pero fueron unos golpecitos tan leves, tan discretos, que la muchacha no supo si ciertamente habían llamado.
Sin embargo se acercó a la puerta, pegó el oído a la misma y preguntó:
—¿Quién es?
Por preguntarlo no perdía nada.
—Soy el mayordomo —dijo una voz de hombre. Una voz inestable, insegura.
Helen se esforzó por recordar cómo era el mayordomo de la casa. La verdad es que no le había prestado mucha atención. Pero si era un hombre ya viejo, enjuto, que sabía llevar el uniforme y que en todo momento había demostrado deferencia y respeto hacia los recién llegados.
—¿Qué desea? — quiso saber Helen.
—Hablar con usted —dijo la misma voz inestable e insegura —. Es importante...
Después de todo lo que le había sucedido, Helen se vio incapaz de abrir la puerta. El miedo a lo imprevisto, a lo inesperado, la dominó. Como la dominó el miedo a ese mundo insólito, alucinante, enloquecido, que ya por dos veces había querido atraparla...
Pero oyó que el mayordomo se ponía a jadear, por lo visto asustado, muy asustado, y sintió vergüenza de su propio miedo.
Se decidió a abrir.
Así lo hizo, encontrándose, al tener ya abierta la puerta, con que allí no había nadie. Absolutamente nadie.
Imposible.
Salió al alfombrado pasillo, mirando a uno y otro lado.
Nadie.
Pero alguien estaba cerca de la escalera. No obstante, como las luces se hallaban apagadas, no pudo ver si se trataba del mayordomo o de otra persona.
Quiso saberlo. Bien mirado, quedaba demostrado, era más decidida y valerosa de lo que ella misma pudiera haberse imaginado.
Se fue hacia la escalera, si bien pegada a la pared, pegada a las puertas de los dormitorios. Así pasaría desapercibida.
De súbito, alguien surgió tras ella. Alguien que, quizá, tal vez, había salido de una de aquellas puertas.

Sintió que un brazo de hombre le rodeaba el cuello y le apretaba fuerte, increíblemente fuerte, hasta detenerle la voz y cortarle el aliento.
Quiso desasirse de ese brazo, aflojar su dogal. Resultó imposible. No pudo hacerlo. Ni tampoco pudo girar la cabeza y ver el rostro de aquel hombre.
Sintió que la vista se le nublaba, que las rodillas se le doblaban y que perdía el conocimiento.
Fue a parar al suelo.
No recordaba haber caldo, pero cuando entreabrió los ojos estaba sobre la alfombra. No obstante, debían haber pasado sólo unos segundos.
Y alguien seguía junto a la escalera. Bueno, lo cierto es que ahora eran dos las personas que se hallaban allí.
Y una de ellas acababa de empujar a la otra sobre el pasamanos de la escalera, haciéndola caer por el hueco.
Fue entonces cuando Helen dejó oír un grito estridente...

* * *

Stanley Duffy llegó corriendo, respirando aliviado al ver que a Helen no le había pasado nada.
—Pero, ¿por qué has salido de tu dormitorio? Te dije —le recordó— que te encerraras bien y que no abrieras a nadie.
—Tienes razón, Stanley —admitió ella— la culpa ha sido mía. Sin embargo, el mayordomo estaba tan asustado...
Había sido el mayordomo la persona que había sido arrojada por el hueco de la escalera.
En la caída se había desnucado, falleciendo en el acto. También se había fracturado varias costillas y otros huesos de las piernas, pero esto ya no valía la pena tenerlo en consideración. Era un hombre muerto.
—Bueno, ¿qué has visto, Helen? —no había de tardar Stanley en preguntarle.
—Nada, no he visto nada —contestó ella—. Sólo sé que el brazo de un hombre me ha rodeado el cuello, casi ahogándome... Cuando he recuperado el conocimiento, ese hombre, estoy segura de que era el mismo que estaba acabando con la vida del mayordomo... He gritado... Luego... luego, el hombre ese ya no estaba... Esto es todo.
—No es mucho —dijo Stanley. Se volvió hacia Dennis—. ¿Usted ha visto algo?
—No, no —Dennis había sido el primero, luego del grito de Helen, en salir al alfombrado pasillo.
—Yo tampoco he visto nada —añadió Ángela mientras se anudaba

mejor la bata que se había colocado a toda prisa.
—A mí me ha parecido que alguien hablaba… —repuso a su vez Catalina, la muchacha que en breve iba a contraer matrimonio con Bruce—. Pero no he prestado atención… Lo lamento.
—Yo me he dormido en seguida —hizo constar Bruce—. Y como tengo el sueño muy profundo…
—Yo tampoco puedo aportar ningún dato importante —añadió el doctor Dixon—. He sido el último en salir…
Tía Úrsula, dando la sensación de ser más alta y seca, y de estar más arrugada que cuando llegaran a la casa, se había quedado con una ceja levantada mirando a todos con manifiesta desconfianza. Luego dijo que no terminaba de encontrarse bien.
—Venga al salón —le dijo Laurie, la doncella—. ¿Quiere apoyarse en mí para bajar mejor las escaleras? Le daré un brandy y así cobrará ánimo. Hay que avisar inmediatamente a la policía.
—Sí, sí, claro —asintió tía Úrsula.
—Lo haré yo —intervino Stanley.
Se presentó poco después el inspector de policía y un par de sus hombres.
Fue puesto al corriente de todo.
—Bueno, ahora vendrá la ambulancia y se llevará el cadáver. Mañana les llamaré —añadió—; todos deberán prestar declaración. ¿De acuerdo?
—Oiga, inspector… —Stanley estuvo por decirle que alguien le había agredido.
—¿Qué quiere? —preguntó, no de demasiado buen talante. Pero antes de recibir respuesta—: Usted es detective privado según he podido ver en su carnet…
Había pedido la documentación a todos. En realidad es lo único que había hecho.
—Sí —respondió escuetamente el joven—. Soy detective.
Dennis y Ángela hicieron un leve gesto de sorpresa. Bruce lo mismo, si bien su gesto fue más marcado. Catalina pareció indiferente ame tal circunstancia. En cuanto al doctor Dixon, su expresión no varió.
—¿Está aquí investigando algo? —preguntó el inspector.
—He venido a pasar unos días a esta casa con Helen, mi prometida. Esto es todo lo que estoy haciendo. Se lo aseguro, inspector.
El inspector no terminó de creerse aquello. Tenía mala opinión de los detectives privados. Todos los que conocía olfateaban más de lo debido y, por descontado, a menudo donde nadie les llamaba.
—Iba a decirme algo… —le recordó el inspector—. ¿De qué se trata?
—No, nada —contestó Stanley—. Bien mirado no vale la pena. Era una tontería.
El inspector no insistió, y poco después de llegar la ambulancia y

llevarse el cadáver, se fue de la casa.
Y todo quedó como si nada en realidad hubiera sucedido.

CAPÍTULO V

Reunidos alrededor de la mesa durante el desayuno, no acercaba ninguno a hablar con fluidez. Pesaba demasiado la muerte del mayordomo, hecho ocurrido la noche antes.

En otras circunstancias, todos hubieran esperado que tía Úrsula les dijera para qué les había mandado llamar, pero ahora, viendo lo preocupada que estaba, comprendieron, sin necesidad de explicaciones, que el momento esperado no era aquel. Tendrían que tener un poco de paciencia.

En eso se acercó a la mesa la doncella.

—Doctor Dixon…

Este se volvió.

—Dime, Laurie.

—Un joven pregunta por usted. Le ruega que le atienda, asegura que es de vital importancia. Se trata del doctor Beatte.

—¡Ah! —exclamó. Seguidamente había de disculparse—. Con el permiso de ustedes… —y se levantó.

Vieron cómo iba al encuentro del susodicho doctor Beatte. Este se hallaba esperando en el vestíbulo, al parecer bastante inquieto.

—Es necesario que venga usted, doctor Dixon —le oyeron decir poco después al recién llegado—. Una de las pacientes necesita de su experiencia…

—Por favor —había de replicar el doctor Dixon—, a usted le sobran conocimientos para tratar a esa paciente. No me gusta que tenga tan poca confianza en sí mismo.

—Estaría más tranquilo si usted viniera conmigo —dijo el doctor Beatte.

En aquel momento, tía Úrsula alzó la voz:

—Por favor, doctor Dixon, venga y preséntenos a su colega.

El doctor Dixon no había de hacérselo repetir. Llegó hasta ellos acompañado del joven, al que presentó:

—Mi ayudante, el doctor Beatte.

Todos le miraron. Era un joven de unos veintidós años, alto y elegante. Tenía el cabello rubio y los ojos azules. Sus facciones resultaban sumamente agradables.

—¿Le apetece una taza de café? —le ofreció tía Úrsula luego de quedarse atrás las presentaciones.

—Muy amable, señora —contestó el joven doctor—, pero la verdad es que debo reintegrarme a mi trabajo. He venido, simple y llanamente, lo confieso, a llevarme conmigo al doctor Dixon…

—El doctor Dixon —le cortó tía Úrsula bruscamente—, no puede dejar esta casa.

—Es cierto, debo quedarme —el doctor acababa de corroborar lo dicho por la dueña de la casa—. Así que lamentándolo mucho…

—No me gusta tener que asumir toda la responsabilidad —insistió el doctor Beatte—, y esa paciente a la que me refiero…
—Le ha dicho el doctor Dixon que tiene que quedarse, ¿no? —inquirió tía Úrsula—. Pues aténgase a la respuesta que le ha dado.
—De acuerdo —acató el doctor Beatte, y se dispuso a retirarse.
A Helen le había caído bien el recién llegado. De ello que se atreviera a dirigirse a él.
—Doctor Beatte…
—Dígame —y el joven doctor miró a la muchacha demostrando que le encontraba muy guapa.
Helen vaciló antes de hacerle la siguiente pregunta. Pero terminó haciéndosela.
—¿Conoce usted al doctor Gimmey? Por favor, esto es muy importante para mi… —el anhelo aleteó en su voz no pudo pasar desapercibido a ninguno de los presentes.
—No, no le conozco —contestó el joven—. ¿A qué especialidad se dedica?
—Es el director de un sanatorio psiquiátrico — dijo Helen.
—Pues, no, no le conozco —reiteró la negativa—. Lo que me extraña, pues estando ambos en la misma especialidad…
—Inquirió seguidamente —. ¿Lo conoce usted, doctor Dixon?
—No —respondió el aludido.
Poco después, el joven ayudante del doctor Dixon se había ido ya.
Y fue entonces cuando Helen, más nerviosa y alterada de lo que hubiera deseado, no pudo contenerse y se encontró diciendo:
—Si tanto empeño tiene usted en quedarse en esta casa, doctor Dixon, y si su empeño lo comparte tía Úrsula, las razones son obvias…
—¿Cómo dices? — y tía Úrsula se quedó mirando a la muchacha.
—Digo —repitió Helen— que las razones son obvias.
—Esta vez añadió—: Y me atañen a mí. Tendría que ser muy tonta para no comprenderlo.
Los allí reunidos quedaron tensos.
—¿A qué se refiere…? —quiso saber el doctor Dixon, que seguía siendo, aparentemente al menos, un hombre amable y cordial.
—Mi madre murió loca —repuso Helen entre el silencio de todos—. Así que supongo que está usted aquí, doctor Dixon, para examinarme y luego dictaminar.
—¡Por Dios! —protestó el aludido.
Pero tía Úrsula, evidentemente más sincera, había de añadir:
—Estás en lo cierto, Helen. Para eso está aquí el doctor Dixon. No me lo reproches… Hazte cargo, quiero saber a quién dejo mi dinero.
—Te comprendo, tía —aceptó Helen—, pero compréndeme también tú a mí, todo esto resulta sumamente violento y…
—Por favor, cariño —intercedió Stanley.

—O sea que se trata de eso, tía Úrsula —dijo a su vez Ángela. Ya que la ocasión resultaba idónea para seguir el tema, no quiso desperdiciarla—. Nos ha mandado llamar para mirarnos por rayos X. No, confieso que no es ninguna sorpresa. Algo así me imaginaba.
—Tengo que tomar una decisión y debo tomarla con acierto.
—Helen siempre ha sido tu favorita —dijo Ángela— Bueno, hasta cierto punto, claro. Bien sabemos todos que por ninguno de nosotros has hecho nunca nada.
Dennis la sujetó por el brazo. Quería darle a entender que debía callar, que no debería hacer enfadar a tía Úrsula. Podía costarles muy caro.
Aún así, Ángela siguió hablando.
—Por lo que a mí respecta, tía Úrsula, de corazón te lo digo, me basta con que me des lo suficiente para poder acabar la carrera de medicina. Date cuenta, no te pido mucho.
—No. efectivamente —contestó tía Úrsula—. Eres muy discreta pidiendo. —Y volviéndose hacia su sobrino Bruce—. ¿Y tú? ¿Con qué te conformas tú?
—Mi situación económica está solucionada, he sabido arreglármelas solo —contestó Bruce—. De todos modos, el dinero nunca sobra. Será bien recibido lo que me dejes.
—Has dicho, Bruce —recalcó tía Úrsula— que has sabido arreglártelas solo. A pesar de eso, nunca has ayudado a tu hermana, a Ángela. Podías haberlo hecho.
—También podía haberlo hecho usted —la réplica fue rápida, estaba claro que Bruce no tenía pelos en la lengua.
—De acuerdo... —admitió tía Úrsula. Ella, por su parte, había de puntualizar—: Dentro de un par de días os comunicaré la decisión que haya tomado. ¿Es pediros mucho que estéis dos días a mi lado?
—No —dijo Bruce.
—Claro que no —repuso Ángela.
—Lo que tú digas —contestó Helen.
Dennis y Catalina callaron. Stanley, por su parte, había dejado de prestarles atención. Acababa de ver a través del ventanal del comedor orientado hacia la carretera, cómo dos coches acababan de detenerse.
—¿Me disculpa un momento, señora? —se dirigió a tía Úrsula instantes después—. Debo salir.
Stanley abandonó la casa, cruzó la explanada situada frente a la puerta principal y a grandes zancadas se dirigió hacia aquellos dos coches.
En cada uno de esos coches se apeó un hombre. Ambos fueron a su encuentro, les dio la mano.
Estuvieron dialogando por espacio de diez o doce minutos. Luego se despidieron. Y por último, los dos hombres se fueron en el segundo de los coches. El otro quedó allí, en la carretera, si bien debidamente

aparcado.
Stanley regresó a la casa. La doncella, Laurie, le abrió con ojos de quien no termina de comprender lo que ha visto. Pero por descontado se abstuvo de todo comentario. Ella sabía permanecer siempre en su sitio.
—¿Amigos suyos...? —le preguntó tía Úrsula.
—Sí —contestó Stanley.
—¿Y ese coche...?
—Es el mío. Me lo han traído esos amigos. —Improvisó—. Lo tenía estropeado, ¿sabe?
Tía Úrsula le miró, levantando una ceja. Era su gesto habitual cuando algo no terminaba de ver claro.
Luego del desayuno, Bruce y Catalina salieron amorosamente a dar un paseo por el campo, por los alrededores. Dennis por su parte se fue a su dormitorio a escribir una carta, respondiendo a la solicitud de un empleo. En el periódico acababa de leer el anuncio. Si le aceptaban, sin duda que aquello sería mejor que el empleo que actualmente tenía.
El doctor Dixon se fue a la sala de música y sentándose ante el blanquinegro teclado del piano empezó a dejar oír una dulce melodía.
Ángela se quedó con tía Úrsula, pues Stanley y Helen se fueron juntos a ver la casa. Desde luego, era una gran propiedad y valía la pena contemplarla a conciencia

* * *

Pero Stanley Duffy no quiso perderse la conversación que sin duda Ángela iba a sostener con su tía. así que detuvo a Helen y le dijo que prefería dejar la visita a la casa para otra ocasión. De momento era mejor quedarse cerca y escuchar.
—Sé que no pararás de hacernos preguntas hasta averiguar cuánto te propones, tía —empezó diciendo Ángela—. Siendo así, considero razonable evitarte el trabajo y sincerarme contigo a las buenas.
—Me parece muy bien —contestó tía Úrsula.
—Dennis no es lo que te gustaría para mí —repuso Ángela—. No es que yo valga mucho físicamente, pero soy inteligente y tú lo sabes. No, no comprendes que vaya a casarme con Dennis. Pues bien, voy a darte una explicación antes de que lo averigües, antes de que alguien te lo cuente.
Tía Úrsula se limitó a quedar callada.
—Hará un año —prosiguió diciendo Ángela—, tuve relaciones con un hombre. No porque yo sea una cualquiera... —en el aire quedó flotando el recuerdo de su madre, una prostituta— sino porque me enamoré locamente de él. Después, él me dejó. Era casado y su esposa se había enterado de lo nuestro. Como ese hombre era rico y

pertenecía a la buena sociedad, surgió el escándalo, trascendió hasta las revistas del corazón. Creí, entonces, que todo había acabado para mí, que ya nada podía esperar. Pero conocí a Dennis... Para muchos es un hombre bobalicón, sin carácter, y si, puede que lo sea, no lo niego. Pero, ¿sabes, tía?, ha sabido perdonar mi desliz y desea casarse conmigo.
—Comprendo —dijo tía Úrsula, si bien con el tono frío y distante.
—Y yo quiero ser buena, formar un hogar, tener hijos. Dennis, es, pues, el hombre que necesito.
—De acuerdo —repuso tía Úrsula, pero su tono seguía siendo el mismo—. Pero dime, ¿estás segura de que conoces bien a Dennis? Podría parecerte un bobalicón, un hombre sin carácter, y en realidad ser distinto...
—¿Qué quieres dar a entender, tía?
Esta mañana, antes de desayunar, he estado hablando con él. Mejor dicho, él ha estado hablando conmigo.
—¿Ah. sí? —se sorprendió.
—Me ha referido la terrible pesadilla que Helen tuvo la otra noche, y la que sufrió, asimismo, durante el camino. A causa de la primera pesadilla, Helen cree haber estado en un sanatorio psiquiátrico. Debido a la segunda, cree firmemente haberse hallado en el sótano de una casa, o a oscuras, con un león... En ambos casos, hubo muertes... En el sanatorio psiquiátrico, primero una loca que se ahorcó y luego un enfermero que las locas lincharon. En el sótano, su admirador Robin Clemmens, a quien alguien clavó un cuchillo en la espalda... En conclusión, pesadillas absurdas... Si Helen las cree auténticas, reales, es que su mente desvaría... Por eso —añadió tía Úrsula— te he preguntado, Ángela, ¿estás segura de que Dennis es tan inofensivo como pretendes hacerme creer? Poniéndome al corriente de todo eso, evidentemente ha pretendido que, respecto a mi testamento, anule a Helen...
—Dennis está preocupado por mí —le disculpó Ángela—. Sufre al ver que por falta de dinero no puedo acabar la carrera de medicina. Posiblemente, hablándote así, ha pretendido ayudarme. Pero no, tía Úrsula —protestó Ángela — , Dennis no quiere que me ayudes a ese precio, ni tampoco lo quiero yo. No deseo ver desheredada a Helen, te lo aseguro. Es una buena chica y merece lo mejor. Además, me consta, nunca ha sufrido ningún trastorno mental, es normal, equilibrada...
—Si lo es, ¿cómo te explicas lo de esas pesadillas? ¿Y cómo te explicas, y esto es peor, que crea que todo eso realmente le ha sucedido?
—No lo sé —reconoció Ángela—. Eso no lo sé. Pero hasta ahora, Helen ha sido una chica completamente normal; esto puedo asegurártelo.

—Quisiera creerlo.
—En una ocasión me porté muy mal con ella —recordó Ángela—. Yo había bebido un par de whiskys y la cabeza me daba vueltas. Le dije que era hija de una loca... Se enfadó conmigo, claro, no podía ser de otra manera. Fui cruel con ella, terriblemente cruel. Así que, en lo posible, quiero reparar mi culpa. Y lo hago ahora, tía, asegurándote que Helen no está enferma...
—Por lo visto. Dennis no opina lo mismo.
—Dennis desea que me ayudes a mí.
—Que os ayude a los dos —puntualizó—. Porque ayudarte a ti es ayudarle a él.
—Si, claro —admitió—. De todos modos, tía, te lo ruego, olvídate de lo que haya podido decirte Dennis.
Stanley Duffy, que no se había perdido ni una sola coma de esta conversación, se volvió hacia Helen.
—Enséñame ahora la casa —dijo—. Ya no hace falta que escuche más.

* * *

—Te seguro que no fueron pesadillas —repitió Helen. La muchacha quería controlar sus nervios, pero no podía.
Todo se estaba poniendo en contra suya y se daba cuenta. El cerco se cerraba inexorablemente en torno a ella.
—Te creo... Te creo... —respondió Stanley cuando estuvieron en la biblioteca.
Una gran estancia, donde se alineaban cientos y cientos de libros. Donde había una espléndida chimenea de mármol. Donde, en aquel momento, se hallaban ellos dos solos.
—Lo dices para que me tranquilice, para que me serene —dijo Helen —. Pero tú, como Dennis, como todos, crees que mi cabeza no funciona bien y que confundo la realidad con la ficción y que...
—Te equivocas. —Y Stanley Duffy la cogió por los hombros e hizo que se atreviera a mirarle a los ojos, había de añadir—: No debiera ponerte al corriente del curso de mis investigaciones, no suelo hacerlo nunca hasta que los casos están concluidos, sentenciados. Pero por tratarse de ti, y dado lo nerviosa y agitada que te veo, voy a hacer una excepción.
Helen se quedó mirándole, esperando que siguiera hablando. ¡Necesitaba tanto y tan ansiosamente, que Stanley la devolviera la confianza en sí misma!
—Esos dos amigos míos que me han traído el coche —le comunicó Stanley— no son simplemente amigos, son también detectives, como yo. Y desde ayer por la mañana -que les telefoneé desde el hotel en que pernoctamos, han estado investigando para mí... En definitiva,

ahora puedo informarte de...
—¿De qué? —preguntó Helen, anhelante.
Stanley se dispuso a contarle todo lo que sabía.
—De que el conserje, el único que pudo ver si alguien entraba o salía del hotel, se quedó dormido a eso de la medianoche y no despertó hasta varias horas después. Tiene por costumbre echar un sueñecito, pero nunca en su vida había dormido tan profundamente y durante tantas horas. Conclusión, alguien debió ponerle algo en el vaso de leche que suele tomarse cuando se queda solo tras el mostrador de recepción.
—Sigue, Stanley, por favor... —la muchacha se estrujaba las manos.
—Quien se tomó la molestia de hacer tal cosa, pretendía, indudablemente, hacer algo concreto. Puesto a imaginar ese algo, ¿por no habían de poder sacarte a ti del hotel y llevarte a aquel sanatorio psiquiátrico? En un coche, poco tiempo podría costarles.
—Me hubiera despertado... —adujo Helen.
—No —dijo Stanley— si alguien, durante la cena, te hubiera dado a tomar algo parecido a lo que le dieron al conserje.
—Enfocado así...
—Parecerá un exceso de imaginación prosiguió diciendo Stanley—, pero las investigaciones antes aludidas han dado con varios puntos reveladores, muy reveladores, que reafirman la teoría. Por ejemplo, en un centro psiquiátrico situado a unos diez kilómetros del hotel de la carretera, la noche o madrugada en cuestión falleció una de las pacientes... Ella misma se ahorcó...
—¿Es cierto eso? —botó Helen.
—Totalmente. Como lo es que aquella misma noche, o madrugada, las pacientes de dicho centro lincharon a uno de los enfermeros. No puede tratarse de una mera coincidencia, compréndelo... —resumió Stanley—. Así que el asunto se pone claro, por lo menos hasta cierto punto.
—¿Han averiguado algo más tus amigos, esos dos detectives? -preguntó Helen.
—Sí.
—¿De qué se trata?
—En el tal sanatorio psiquiátrico trabajaba una enfermera alta y corpulenta, casi varonil, de unos cuarenta años, cabello estirado y un moño en la nuca. Pues bien, esa mujer, ayer precisamente ayer, dejó de prestar sus servicios allí. Como dejó de prestar sus servicios, asimismo, el enfermero. Y a ninguno de ambos ha sido posible localizarles. Nueva conclusión, una vez efectuado su trabajo y cobrado por hacerlo, han desaparecido prudentemente.
—¿Has averiguado algo del doctor Gimmey?
—Sé algo del doctor Gimmey, pero no por mediación de esos amigos

míos. Pero sé que existe, que es un ser corpóreo, me lo he encontrado frente a frente esta noche pasada. Me ha atacado, dándome con una estaca en la cabeza. Creo que ni es doctor, ni lo ha sido nunca. Simplemente se limita a obedecer órdenes.

—¿Cómo sabes que era él?

—¿Quién, entonces? Era un hombre de mediana edad, delgado, que llevaba largas patillas y perilla, y que tenía una cicatriz en la mejilla derecha.

—Sí, sí, era él.

—En cuanto a la enfermera, alguien la vio cerca del hotel. Sus señas coinciden. De lo que deduzco que ella fue una de las personas que te sacaron de tu habitación... Ella y los dos enfermeros, el que murió linchado y el que ha desaparecido... Si, debieron hacerlo después de apoderarse de la llave, que sin duda tenía el conserje...

—¿Qué me dices del sótano de la casa del león, de Robin Clemmens muerto?

—La mujer que me abrió la puerta de esa casa ya no está allí, se ha ido y nadie conoce su paradero. En realidad, la casa estaba abandonada... Así, pues, dicha mujer la ocupó sólo de momento... Dicha mujer, por otra parte, era alta, recia, varonil... Como la enfermera del sanatorio psiquiátrico, ¿te das cuenta? Respecto al león, la explicación ya la tengo... Cuando estuve allí reparé en un nuevo y lustroso tocadiscos, ¿sabes? Algo que no encajaba en absoluto con los muebles que habla, viejos y destartalados... Ya comprendes adónde quiero ir a parar, ¿verdad? —Y antes de que ella asintiera—. También reparé, por si te interesa saberlo, en que las tablas cercanas a la puerta sonaban de un modo distinto, a hueco. Que allí había un vacío, una rampa, no resultaba difícil de suponer... En cuanto a Robin Clemmens, no está muerto... Sigue vivo y coleando...

—¡Pero si le vi chorreando sangre! —exclamó Helen.

—Seria salsa de tomate.

—No bromees.

—Bromeo —dijo Stanley, sonriendo—, porque estoy contento. Ahora sé de fijo que a ti no te pasa nada. Por un momento llegué a temerlo.

—Yo también —repuso Helen.

Sin acertar a contenerse, la muchacha se apretó llorando de emoción contra el pecho de él, y Stanley aprovechó la deliciosa oportunidad para estrecharla entre sus brazos.

—A partir de ahora —manifestó Stanley unos minutos después— tú y yo hemos de ponernos de acuerdo en todo. Hemos de dar jaque mate a tu enemigo. Y ese enemigo, indudablemente, es una persona que no quiere que tu tía Úrsula te deje su herencia... Y si no te la deja a ti...

—Se la dejará a Bruce, o a Ángela... —concretó Helen.

—Pero quizá no sean ellos los verdaderos culpables —aclaró Stanley

—. Bruce, sin él mismo saberlo, puede estar recibiendo ayuda de Catalina, su futura esposa, ¿no? Y Ángela, asimismo sin saberlo ella, puede recibirla de Dennis, ¿no?

—Sí, claro.

—Hemos, pues, de proceder con consecuencia.

CAPÍTULO VI

A eso de las cuatro de la tarde, Stanley Duffy se dirigió hacia su coche, que seguía en la misma carretera, se puso al volante y se alejó de allí. No dijo adónde se dirigía.

Cuando regresó, varias horas después, se encontró con que tía Úrsula se hallaba en la salita dialogando con el doctor Dixon. También se hallaban allí Helen, Bruce y Dennis.

Catalina, que había simpatizado bastante con Ángela, estaba enseñándole unos vestidos. Sin duda no tardarían en bajar.

Apenas se presentó en la salita, Stanley se dirigió al doctor Dixon.

—Acabo de enterarme, doctor Dixon —le dijo— de que en el sanatorio psiquiátrico que usted es director, hubo la otra noche, o la otra madrugada, dos muertes horribles... Una de las pacientes se ahorcó a sí misma y uno de sus enfermeros murió linchado...

—Si, es cierto —asintió el doctor Dixon— . Pero, bueno, ¿cómo se ha enterado?

—Me lo ha dicho un pajarito —le dijo con un marcado retintín—. Bueno, en realidad, hace ya horas que lo sé. Lo sabía antes de salir de aquí.

—Eso de que lo ha dicho un pajarito... No tengo sentido del humor, se lo advierto —y por primera vez dejó de ser el hombre amable y cordial que había sido hasta entonces.

—¿Qué he oído...? —inquirió tía Úrsula—. ¿Que en el sanatorio psiquiátrico del doctor Dixon, la otra noche...? —se interrumpió, para decir a continuación—. Entonces allí sucedió exactamente lo que Helen, en su pesadilla... —y volvió a interrumpirse.

—Sí, la coincidencia es asombrosa —reconoció el doctor Dixon.

—Debiera habérmelo dicho —le reprochó tía Úrsula— Eso puede significar que...

—¿Qué? —preguntó el doctor Dixon, visiblemente contrariado, indudablemente, por tener que afrontar el tema.

—Que Helen haya dicho la verdad y que esas pesadillas no hayan sido tales...

—Se trata de una coincidencia. Sólo eso. No puede ciertamente tratarse de nada más. Por eso resumió— no le había dicho nada.

—Esa noche, o esa madrugada, ¿estaba usted en el sanatorio? —preguntó Stanley, rápidamente.

—No —contestó el doctor Dixon—, estaba ya aquí, ¿no es cierto? —y buscó que tía Úrsula corroborara su revelación.

—Estaba ya aquí, en efecto —contestó la dueña de la casa —. Bueno —rectificó a sí misma—, debía estar aún en el camino.

—Y si a pesar de lo sucedido, no he acudido allí —añadió el doctor Dixon, dando la impresión de que deseaba justificarse— es porque no hubiera servido de nada que lo hiciera. Mi ayudante, el doctor Beatte,

quiso que fuera y me pusiera al frente de los acontecimientos, por eso vino a buscarme. Me habló de una paciente que necesitaba de mi experiencia. Verdaderamente, lo único que pretendía es que no le dejara solo ante tanta responsabilidad. Pero en casos así, no puede hacerse nada y la responsabilidad en realidad no existe. Tratamos con enfermas mentales y los hechos más imprevisibles pueden surgir en cualquier momento.
—Entonces, cuando sucedieron tales hechos, ¿qué doctor estaba de guardia en el sanatorio?
—Tenía que haber estado yo —admitió el doctor Dixon—. Mi ayudante, el doctor Beatte, me había pedido permiso para tomarse un par de días de descanso, permiso que yo le había concedido. En consecuencia, aquélla noche quedó todo en manos de dos eficientes enfermeros...
—Del que murió linchado por las locas y de su compañero, supongo... ironizó Stanley Duffy.
—Sí —dijo el doctor—. Pero acláreme su postura —le miró fijamente —. ¿Acaso está sospechando algo improcedente de mí?
—Sospechar es lo mío —repuso Stanley—. Soy detective y es mi profesión.
—No se meta conmigo —le atajó—. Mi honradez profesional nunca ha tenido tacha.
—De todos modos, ¿por qué tanto empeño en estar aquí, en esta casa, teniendo que estar allí? —insistió.
—Mi sanatorio ha pasado económicamente por muy malos momentos. Si ha conseguido seguir adelante, se lo debo a la generosidad de esta señora... —miró a tía Úrsula—. Así pues, como ella me pidió que viniera a esta casa y permaneciera aquí dos o tres días, acepté y lo hice sin condiciones. Lo volverla a hacer.
Se presentaron Ángela y Catalina, y la conversación quedó detenida en ese punto.
Stanley no quiso insistir, quizá considerando que ya había echado la primera piedra y que lo demás llegarla rodado.
Helen, por su parte, no dijo nada. Podía haberlo hecho, le incumbía muy de cerca, y muy directamente, aquella conversación. Pero se limitó a mirar a unos y a otros y a tratar de sacar sus propias conclusiones.
Pero se quedó sin saber qué pensar, teniendo la sensación de que todo aquel asunto se estaba enmarañando cada vez más. Pero Stanley estaba dispuesto a protegerla, a defenderla, lo sabía, y este pensamiento era muy dulce y confortador.
Minutos después, tía Úrsula se quedó a solas con su sobrino Bruce.
—Pareces feliz.
—Si, tía.

—¿Estás muy enamorado de Catalina?
—Si, tía —volvió a decir.
—Es una muchacha muy agradable.
—Si lo es.
—¿Dónde la conociste? ¿En qué trabaja?
—La conocí en unos grandes almacenes, trabaja allí de dependienta, en la sección de perfumería.
—¿Dónde vive? —preguntó de nuevo tía Úrsula.
—En un piso pequeño, con sus padres, su abuela y dos hermanos menores. Son todos muy simpáticos.
—¿Para cuándo tenéis pensado la boda?
—Para dentro de un par de meses, así que acabemos de decorar y amueblar el piso que he comprado. Quiero que todo quede muy bonito, porque Catalina ha tenido hasta ahora que vivir con muchas privaciones y me gustará ofrecerle lo que hasta ahora no ha tenido.
—Por lo que me dices, parece que has sabido elegir. Me alegro por ti, Bruce.

* * *

La expresión de Catalina se había ensombrecido, casi se había crispado, y Helen no pudo por menos que comprender que le sucedía algo.
Pero no sólo Helen se dio cuenta de ello, pues Laurie, la pecosa y gordita doncella, se la quedó mirando y terminó por preguntarle:
—¿No se encuentra bien? —como siempre, se mostraba solícita y competente—. Si desea que le sirva alguna cosa...
—No, gracias —contestó Catalina.
Cuando la doncella se hubo retirado, y aprovechando que en aquel momento estaban solas, fue Helen la que le hizo la misma pregunta.
—Acaba de telefonear el inspector de policía. Nos espera esta tarde para interrogarnos.
—Si, ya lo sé —asintió Helen.
—No. claro, eso no tiene nada de particular —convino Catalina—. Es lógico después de lo sucedido.
—Entonces, ¿qué te pasa? —preguntó.
—He empezado a darle vueltas a la muerte del mayordomo... Estaba convencida de que alguien había entrado aquí, a esta casa, a robar... Viéndose sorprendido por el sirviente, le atacó... Si, algo así me imaginaba... Bruce, por su parte, opinaba otro tanto, y también Ángela, y Dennis, e incluso el propio inspector, ¿no? Pero ya no soy de ese parecer. Creo..., creo... —le tembló la voz—, que bajo este techo hay un asesino... Un asesino que puede ser cualquiera de nosotros.
—Me gustaría tranquilizarte a este respecto —dijo Helen—, pero no

sería honesta contigo si lo hiciera…
—Y tú, por añadidura, sospechas de un hombre… Porque el brazo que te rodeó el cuello, apretando hasta hacerte perder el conocimiento, era de hombre.
—Si, de hombre —corroboró Helen.
—Estoy asustada —había de reconocer Cacalina tras una pausa—. Quisiera irme de aquí.
—Bruce no te dejará marchar mientras tía Úrsula no se defina en cuanto a su dinero, a su herencia.
—Tú eres la que tiene más posibilidades de llevártelo todo, ¿verdad?
—Las tenía, quizá —admitió Helen—. Ya no, por lo menos mientras no se aclare todo. En fin, lo importante es que no vuelva a suceder nada malo.
—Te refieres a una nueva muerte, ¿no?
—Sí.

CAPÍTULO VII

Eran ya más de las doce, aunque poco más.

Y Helen se dispuso a seguir las instrucciones que Stanley le había dado.

Pero a pesar de su absoluta confianza en el joven detective, la muchacha no las tenía todas consigo. ¿Y si surgía lo imprevisto y algo se volvía en contra de ella?

No quiso ponerse a pensar. Si lo hacía, acabaría faltándole el valor.

Abrió lentamente la puerta de su dormitorio y salió al alfombrado pasillo. Luego, bajó sigilosamente la escalera.

Poco después estaba ya fuera, en la explanada que había frente a la casa.

Ahora tenía que ponerse a gritar. Pero ¿gritaría con bastante fuerza y suficiente convicción? Tenía que hacerlo. De lo contrario, el efecto no sería el deseado.

Carraspeó un poco, para aclararse la garganta. Mientras tanto, sus ojos echaron una ojeada a cuanto le rodeaba. Oscuridad, niebla y un silencio que pesaba como una losa.

Oyó unas pisadas entre los matorrales y que crujía, ya muy cerca, un pequeño arbusto. Se volvió hacia allí, tensa, expectante. No estaba sola.

Junto al arbusto se alzó la figura de un hombre.

—Soy yo, tu admirador... —dijo.

Helen reconoció la voz, y dio unos cuantos pasos hacia adelante para reconocer la figura.

—¿Ah, es usted...? —pero no demostró todo el asombro que había de esperar.

—Me creías muerto... —era Robin Clemmens quien estaba ante ella—. Cosa lógica. Me viste aquel cuchillo clavado en la espalda.

—Sabía que estaba vivo —repuso ella.

—Comprendo —dijo él—, esos dos sabuesos que me han estado siguiendo los has enviado tú...

—No, yo no.

—De todos modos, mi situación ya no tiene motivos de ser.

—Supongo que no. Pero no acierto a imaginar lo que ha pretendido.

Sí se lo imaginaba. Pero quiso que el propio interesado se lo corroborase.

—Mira, estoy dispuesto a aclarártelo todo. Bien mirado, el asunto se ha complicado, la policía ha intervenido y eso ha dejado de gustarme —y sin esperar a que Helen le apremiara—. Me pagaron para que me hiciera pasar por un hombre rico y para que te declarase mi amor... Me pagaron para que apareciera en el sanatorio psiquiátrico con una peluca blanca haciéndote creer que habían pasado diez años desde la última vez que nos vimos... Me pagaron para que nuevamente me

dejara ver en el sótano de esa casa abandonada, junto a ese tocadiscos cuya única música era el rugido de un león... Me pagaron, finalmente, para que fingiera que moría acuchillado...

—Y todo eso, ¿para qué?

La respuesta fue la esperada:

—Para hacer creer a tu tía Úrsula que estás tan loca como tu madre... El modo más efectivo y contundente de conseguir que te desherede. Me pagaron —añadió—, para que me hiciera pasar por el doctor Gimmey... Porque el doctor Gimmey y yo somos la misma persona. Yo soy actor, caracterizarme es lo mío...

Le miró bien. Sí, era cierto. Ambos eran el mismo. Ahora se daba cuenta.

—Pero ¿quién le ha pagado? ¿Quién...? —inquirió Helen con el alma pendida de un hilo.

Robin Clemmens se dispuso a decírselo. Por lo visto, y por si acaso, quería ponerse de parte de los buenos.

Pero en ese momento, de pronto, una mano salió de entre las ramas del arbusto. La mano sujetaba un cuchillo.

Antes de que Robin Clemmens pudiera evitarlo, la afilada hoja le había entrado por la espalda.

Con un gemido ahogado, el cuerpo de Robin Clemmens se desplomó, quedando inmóvil en el suelo, pegado a la hierba. La sangre le salía sin contemplaciones.

Llevándose las manos a la boca, ahogando su horror, Helen se le acercó. Aquel líquido viscoso y rojizo no era, esta vez, salsa de tomate. Era sangre.

Helen se inclinó sobre el cuerpo de Robin Clemmens.

Quizá no esté muerto, pensó.

Efectivamente, aún había algo de vida en él. Alzando la cabeza, los labios de Robin Clemmens aún encontraron fuerzas, si bien débilmente:

—Me contrató ella, ella... Pero tras ella está él..., él...

No dijo nada más.

El cuchillo había penetrado demasiado hondo.

Su vida había dado fin.

Acababa de entrar en ese reino oscuro *y* tenebroso del que nadie ha regresado.

Aún danzaba frenéticamente en su cabeza el crimen que había presenciado, cuando Helen vio aquella horrible aparición.

Vencida por la angustia, por el terror, se incorporó de un salto y echó a correr hacia la casa en loca huida.

Tan torpe, que dio un traspiés, luego otro y acabó en el suelo. Desde allí volvió a mirar, desorbitados los ojos, la espantosa y alucinante aparición.

Se trataba de un hombre lobo. Todo cubierto de pelo, con dientes grandes, enormes, que asomaban de modo amenazador cada vez que abría la boca.
—¡Voy a llevarte conmigo! —y el hombre lobo estalló en horrísonas carcajadas—. Ja...! Ja...! Ja...!
Helen se llevó las manos a las sienes como si dudase de que su cerebro funcionara bien.
Le había dicho a Stanley que gritaría con todas sus fuerzas y que luego dijera a todos que había visto a un ser medio hombre, medio bestia.
¡Pues ahí tenía la realidad, sin necesidad de inventárselo!
El hombre lobo estaba cada vez más cerca de ella.
Pero, claro, debía tratarse de una nueva ficción.
Pero ¿y si esta vez no era ficción?
¡Esta vez Robin Clemmens estaba muerto de verdad!
El hombre lobo se acercó a ella, entre aquella oscuridad y aquella niebla que hacían que Helen sintiera un terror cada vez más incisivo, cada vez más poderoso.
Sí, sentía un pavor tan grande, tan inmenso, como para perder el habla y como para que le encaneciera el cabello.
—Ven..., ven conmigo —y seguían las horrísonas carcajadas del hombre lobo—. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
Al borde del paroxismo, Helen gritó. Gritó desaforadamente, a pleno pulmón.
El silencio de antes, que pesaba como una losa, quedó siniestramente roto.

* * *

A eso de las cuatro de la tarde de aquel mismo día, Stanley había cogido el coche, permaneciendo ausente varias horas.
Había estado investigando.
Sus dos compañeros ya lo habían hecho con anterioridad, ayudándole, y no poco, pero Stanley necesitaba averiguar por su cuenta.
Si quienes habían colaborado principalmente en toda aquella macabra y espeluznante historia eran los dos enfermeros y la enfermera del sanatorio psiquiátrico, lo natural era sospechar, en principio al menos, de alguien del propio sanatorio. Y puesto a seguir sospechando con cierta lógica, uno recelaba en seguida de los superiores... Por lo que el pensamiento pronto llegaba el doctor Dixon y el joven doctor Beatte.
Se informó respecto al doctor Dixon, pero se encontró con una vida, tanto privada como profesional, intachable. Demasiado intachable para que pudiera tener una fisura de consideración como la que buscaba. Por lo menos había que considerarlo así de buenas a primeras.

En consecuencia, siguiendo las pesquisas intentó saberlo todo del doctor Beatte. Y aquí se encontró con que, en medio de una vida, dedicada a su profesión, había algo que no parecía encajar demasiado. El doctor Beatte tenía una amante.
Bien mirado, nada de particular, pues era soltero. Pero se trataba de una amante poco corriente dada la juventud del interesado.
—No sé qué le habrá visto... —fue el comentario de uno que aseguró conocer a la mujer en cuestión—. No vale nada... Ni joven, ni guapa...
—Podría ser su madre —le dijo otro.
—Exagerado... —añadió un tercero.
—Debe ser rica —repuso otra de las personas a las que Stanley preguntó.
—No, de rica no creo que tenga nada —aseguró otro—. Viste muy modestamente.
Stanley Duffy no pudo averiguar quién era ella. Por lo visto, llevaban las relaciones con mucha discreción, apenas se dejaban ver juntos.
Pero lo oído le bastó a Stanley para sospechar de una persona.
Por eso, al regresar a la casa, había ido en busca de Helen y le había dicho que tenía que hacer lo siguiente... A eso de las doce de la noche, minuto más o menos, debía salir de su dormitorio y seguidamente de la casa, y ya en la explanada debía ponerse a gritar con todas sus fuerzas. Se trataba de que todos la oyeran y salieran de la casa a ver qué pasaba. Cuando así lo hicieron, ella tendría que decirles que había visto a un ser monstruoso, mitad bestia, mitad hombre... Debía añadir que se había escapado en dirección a Webbertton, o en cualquier otra dirección, para el caso era lo mismo...
—Y todo eso ¿por qué, Stanley? —le había preguntado ella—. No entiendo nada.
—Te lo explicaré cuando tengamos tiempo.
—De acuerdo —aceptó Helen, sin necesidad de más, pero se había quedado tan desconcertada que durante medio minuto no hizo más que pestañear.
Ahora, Helen acababa de gritar.

* * *

Todos los ocupantes de la casa despertaron, salieron de sus respectivos dormitorios y bajaron la escalera.
Se reunieron en el vestíbulo. La doncella, por su parte, había sido de las primeras en aparecer.
Instantes después todos sallan de la casa y se dirigían hacia Helen.
Stanley se fue directamente hacia las habitaciones de la servidumbre, situadas cerca de la cocina. Entró en el cuarto de la doncella, de la competente Laurie, de esa muchacha, ya no muchacha, a la que le

habían pasado los años sin darse cuenta. Había cumplido ya los treinta y ocho y todavía no había encontrado un hombre que se interesara seriamente por ella.
¿Ciertamente no lo había encontrado aún…?
El hubiera dicho que si.
Y si lo había encontrado, ¿qué le ofrecía ella a cambio de esa juventud que no tenía?
Aquí estaba la cuestión.
Stanley Duffy se dio prisa en actuar, revisando la habitación de arriba abajo. Tenía que aprovechar el escaso tiempo del que disponía.
No encontró nada extraordinario, pero dio con un maletín de mano y al tantearlo, comprendió que tenía un doble fondo. Muy bien disimulado pero, sin lugar a dudas, un doble fondo.
Dio con el modo de que ese doble fondo se abriera. Quedó al descubierto lo que allí habla.
Se trataba de unas revistas. De esas revistas llamadas del corazón que tanto gustan a las mujeres. Sólo eso.
Pero si estaban allí era por algo. Las ojeó. Y pronto dio con lo que daba sentido al hecho de que hubieran sido guardadas tan celosamente.
En una de las páginas, tanto las fotografías como los gruesos titulares, hadan alusión a un escándalo. Escándalo que había surgido a causa de las relaciones de un hombre de la buena sociedad con una estudiante de medicina llamada Ángela… Miró las fotos. Estaba claro, se trataba de Ángela, la prima de Helen.
En otra de las revistas había otra fotografía. Eran unos desnudos. Posaba una de las modelos más cotizadas. La modelo era Catalina.
Stanley Duffy ya había encontrado lo que buscaba, así que salió de la habitación de Laurie.
Todo tenía ya explicación para él.

CAPÍTULO VIII

Tardaron en regresar más de lo que Stanley esperaba. El cadáver de Robin Clemmens había terminado de complicar la situación.

Pero así que pisaron de nuevo el vestíbulo de la casa, se encontraron con que él estaba allí, evidentemente esperándoles.

—Helen ha visto... —y tía Úrsula, que llegó sofocada, le refirió lo del hombre lobo, había de añadir—: Pero lo peor no ha sido eso; lo peor ha sido el muerto...

—¿Qué muerto? —preguntó Stanley.

Por el hombre lobo no se preocupó. Sabía que Helen iba a verlo, él mismo se había encargado de que apareciera en el momento oportuno. ¿Cómo entonces iba la muchacha a gritar de modo convincente? La misión se la endilgó a uno de sus compañeros detectives, encargándole que, sobre todo, vigilara a la muchacha. Por si acaso. Quería estar tranquilo mientras revisaba el dormitorio de la doncella.

—El muerto es Robin Clemmens —respondió tía Úrsula—. Le han acuchillado. Esta vez de verdad.

—Le ha costado caro dejarse contratar —opinó Stanley.

—¿Qué dice...? —inquirió el doctor Dixon—. ¿Ese hombre que ha muerto asesinado es aquel que a Helen se le aparecía en sus pesadillas...? No entiendo nada.

—Lo que yo les he contado —dijo Helen—, no eran pesadillas. Todo sucedió de verdad, de verdad...

—Les convenceremos de ello dentro de muy poco —aseguró Stanley a la muchacha—. Pero antes de hablar, esperemos a que llegue el doctor Beatte.

Apenas había salido del cuarto de Laurie con las revistas en la mano. Stanley se había dirigido al teléfono. Marcó los números del sanatorio psiquiátrico. Quería hablar con el doctor Beatte. Le respondieron que no estaba, pero que le pasarían el encargo cuando regresara. El encargo había consistido en rogarle que se personara en aquella casa lo antes que pudiera.

—No vendrá —repuso el doctor Dixon, y estaba convencido de lo que decía—. Le he prohibido que abandone el sanatorio en tanto yo no haya regresado allí. Cuando anteceden sucesos como los de la otra noche —añadió—, las enfermas, aunque no comprenden exactamente lo que ha pasado, se alteran, se excitan, y resultan sumamente peligrosas. Siempre que ha sucedido algo semejante, en los días sucesivos acontece algo más... Por lo general, algunas de ellas consiguen evadirse... No sé cómo lo consiguen, pero se vuelven terriblemente astutas y se salen con la suya... Por eso, para evitar cualquier contingencia, le he pedido al doctor Beatte que por ningún concepto abandone la vigilancia y permanezca allí.

—Cuando he telefoneado —puntualizó Stanley Duffy—, el doctor

Beatte no estaba. En principio, ya le ha desobedecido.
—Sin duda se trata de un mal entendido —aseguró el doctor Dixon—. El doctor Beatte nunca me ha desobedecido.
—¿Dónde ha encontrado esa revista...? —preguntó de pronto Ángela. Había reconocido la portada de la revista que Stanley llevaba en la mano.
—La tenía una amiga suya —dijo el joven detective.
—¿Dónde las ha encontrado? — preguntó a su vez Catalina, muy pálida.
Ella se había dado cuenta de que eran dos las revistas que Stanley Duffy sostenía en sus manos. La segunda la incumbía directamente. En sus páginas interiores estaban sus desnudos.
—Las he encontrado dentro de un pequeño maletín con doble fondo —les informó Stanley.
—¿Cómo se ha atrevido...? —se exaltó Laurie, la doncella eficaz y competente—. ¿Quién le ha autorizado...?
—Tenía que averiguar la verdad.
—¿De qué verdad habla? —quiso saber Dennis.
—Por lo que a mí respecta —dijo Ángela— , quien sea que haya pretendido hacerme daño, ha perdido el tiempo. Lo que me sucedió con aquel hombre ya lo sabe tía Úrsula.
—No puedo decir yo lo mismo —observó Bruce con gesto resignado— había hecho creer a tía Úrsula que Catalina era una buena chica... En fin, ya no puedo esperar a que me deje a mí su dinero. En cuanto vea esos desnudos...
—¿Desnudos? —se escandalizó tía Úrsula.
—Tranquilícese —repuso Stanley—, bien mirado hay cosas mucho más reprobables que dejarse fotografiar sin ropa. Por ejemplo, asesinar... —y miró rectamente a Laurie.
—¿Por qué me mira así? —le increpó agitadamente la doncella—. Yo no he asesinado a nadie.
—Pero mucho me temo que conozca a quien lo ha hecho.
—¡No sé de qué está hablando! —gritó.
—Ni yo... —dijo tía Úrsula.
—Pues es sencillo —se dispuso a explicarlo todo a los presentes—. Laurie quería para sí el dinero de usted, su herencia... —como ahora clavara su mirada en tía Úrsula, ésta se quedó de una pieza, si la hubieran pinchado ni sangre le habría salido—. Si le mostraba a usted la baja moral de su sobrina Ángela, que había provocado un escándalo mayúsculo, tan mayúsculo que incluso había trascendido a las revistas del corazón... Si le demostraba que su sobrino Bruce se había enamorado de una modelo... En tal caso, sólo quedaba Helen... Y para sacar del juego a Helen, bastaba con que usted se convenciera de que su sobrina estaba tan loca como su madre. Y así las cosas, el resultado

podía ser uno, el previsible, el apetecible… ¿A quién dejar mejor su fortuna que a la sirvienta leal, eficaz y competente que un día le salvó la vida? Si, se la salvó… Recuerdo perfectamente cómo usted misma nos lo contó. Se desmayó en la bañera y hubiera muerto ahogada de la manera más tonta a no ser por Laurie… Además, que Laurie había acabado haciéndose insustituible para usted… Todo estaba, pues, magníficamente calculado. El plan no podía fallar.
—¿Está seguro de lo que dice? —fue Bruce quien acertó a hablar el primero.
—No puedo creerlo… —musitó tía Úrsula.
—Y para demostrar que Helen estaba loca —prosiguió diciendo Stanley—, se encargaron de que despertara en un sanatorio psiquiátrico y que le sucediera cuanto a continuación le sucedió… Y para rematar el asunto, le tendieron una nueva trampa, me refiero ahora a lo que le pasó en el sótano de aquella casa abandonada… Una vez usted se enterara de todo eso, señora —resumió el detective, mirando de nuevo a tía Úrsula—, daría por descontado que Helen había sido, como su madre, atrapada por la locura, y automáticamente la desheredaría…
—Entonces, la muerte del mayordomo —dijo Catalina —quizá tenga que ver…
—Naturalmente —afirmó Stanley—. El mayordomo debió enterarse de algo y…
—¡Y yo lo arrojé por el hueco de la escalera para acabar con él! —exclamó de súbito una voz.

* * *

Era la voz del joven y rubio doctor Beatte. Había aparecido ante ellos con una pistola en la mano. A juzgar por su dura y cruel mirada, no estaba dispuesto a andarse con contemplaciones de ningún tipo.
—Algo así iba yo a decir —Stanley no se inmutó ante su presencia.
—Llegué aquí la otra noche —dijo el doctor Beatte —en coche y Laurie salió a buscarme. Lo habíamos hecho otras veces. Pero esa noche el mayordomo oyó lo que hablábamos y…
—La misma noche —repuso Stanley— me dieron un golpe en la cabeza. Sin duda lo ordenó usted.
—Sí —reconoció el doctor Beatte—, me dijo Laurie que usted tenía cara de entrometido y que podía echarlo todo a rodar. Pero falló el golpe. Fue una lástima. Bueno —prosiguió—, como les decía, el mayordomo no oyó, quiso prevenir a Helen y tuve que actuar en consecuencia.
—¿Y Robin Clemmens…? —preguntó Stanley—. ¿Por qué le ha matado?

—Iba a hablar de más —dijo roncamente—, y he tenido que evitar que lo hiciera. Aunque veo que no me ha servido de nada. Usted, señor detective, ha llegado al fondo de la cuestión.
—Sí.
—Ya no saldrán las cosas como había planeado —repuso el doctor Beatte, entre dientes—. Se ha esfumado la cuantiosa fortuna con la que soñaba. Pero no van a cazarme, no se hagan ilusiones, tengo preparada la retirada.
Como sea que hablaba en singular, la pecosa y rechoncha Laurie se sofocó, se asustó.
—Huiremos juntos, ¿verdad? —y yendo hacia él se colgó ansiosamente de su brazo. Pero no estando segura del posible comportamiento de él, gritó—: ¡No puedes dejarme! ¡Me cargarán todas las culpas! Y en realidad, soy más inocente de lo que parezco, yo no quería que hubiera muertes... Has sido tú quien te has extralimitado, quien lo ha complicado todo... Es cierto —agregó— que yo no puedo ofrecerte una gran fortuna, pero sabes que te quiero y...
—No te preocupes —dijo él—. Te llevaré conmigo, huiremos juntos. Sabes demasiadas cosas de mí para que fuera momento de que te abandonara a tu suerte.
Creyéndose, pese a todo, dueño de la situación, al doctor Beatte no le importó seguir hablando, confesarlo todo. Explicación que, por descontado, se ajustó a las conclusiones que Stanley Duffy había sacado.
Había, empero, de añadir:
—Con mi brazo alrededor de su cuello —y miró a Helen— apretando fuerte y haciendo que perdiera el conocimiento, conseguí que no viera que era yo quien eliminaba al mayordomo. No la traté demasiado bien, pero, bueno, últimamente ya estaba usted acostumbrada a los sustos... En el sanatorio, en la casa situada junto a la gasolinera... En el sanatorio —puntualizó — , todo fue perfecto, aún mejor de lo planeado... La loca se ahorcó a sí misma, las otras enfermas se soliviantaron y lincharon al enfermero... Así la pesadilla resultó más y más sobrecogedora... Por lo demás, se dio un golpe en la sien y quedó sin sentido... Más perfecto aún... Nos bastó cogerla y llevarla de nuevo al hotel... El conserje no había de darse cuenta de nada, de eso ya se había encargado Robin Clemmens poniéndole una buena dosis de somnífero... Pero todo se ha derrumbado ahora... En fin, ya de nada sirve lamentarse...
De pronto se sintió desarmado. Stanley Duffy había levantado una pierna, propinándole un puntapié fenomenal a su mano. La pistola había salido volando por los aires.
Stanley se llevó la mano a la axila. La mano salió armada.
—Amigo, lo lamento por usted, pero han cambiado las tornas...

Cuidado —previno—, yo no soy fácil de desarmar… —y Stanley, seguidamente, había de hacer saber a todos—. Voy a telefonear a la policía, al inspector… Mientras lo hago, apártense del doctor Beatte y de Laurie… Apártense al máximo… Así ahorraremos imprevistos…
Retrocedió, dirigiéndose hacia el teléfono que había en la salita. Desde allí no perdía de vista a aquellos dos pájaros de cuidado.
Pero Stanley Duffy no contaba con tía Úrsula, quien, pese a su carácter, a su manera de ser, era mucho más ingenua de lo que uno pudiera imaginarse.
No hizo caso de las órdenes recibidas y se acercó a la que hasta entonces había considerado una fiel sirvienta.
—No es cierto lo que he oído, ¿verdad, Laurie, que no es cierto? Yo te tenía una gran confianza, te tenía por la más leal… Senda mucho cariño por ti… No puede ser cierto, que en complicidad con ese hombre…
—¡Retroceda ahora mismo! —exclamó Stanley antes de coger el teléfono.
Era tarde. El doctor Beatte había comprendido que aquélla era su oportunidad. Así que, sacando a relucir un afilado cuchillo, sin duda el mismo con que había acabado con la vida de Robin Clemmens, y mientras sujetaba por un brazo a tía Úrsula y se parapetaba tras ella, barbotó:
—¡Quietos todos, y usted, señor detective, suelte la pistola! ¡O mato a esta mujer…!
Bruce y Ángela se pusieron muy pálidos. Por un lado se trataba de su tía y por el otro era la dueña de la fortuna que deseaban para sí. Algo deberían hacer, pensaron ambos, para quedar bien ante sus ojos. Pero, ¿qué hacer…? Quizá, decidieron, lo más sensato sería no moverse.
Dennis se vio incapaz de intervenir. Él ni dudas tuvo ya al respecto. En cuanto a la atractiva Catalina, pensó que aquello no le incumbía. Por lo que se refiere al doctor Dixon, lo cierto es que no terminaba de salir de su asombro. En cuanto a Helen, se limitó a quedarse quieta, inmóvil. Sabía que Stanley haría lo que hubiera que hacer.
Stanley salió de la salita. No había soltado aún la pistola.
—Obedézcale… Obedézcale… —jadeó tía Úrsula, que sentía la punta del cuchillo en el cuello.
—De acuerdo —asintió Stanley con tranquilidad—. Usted manda. Además —añadió— que quiero cobrar las otras mil libras. No voy tan bien de fondos como para perder una cliente tan generosa como usted.
—¿Qué ha querido decir? —preguntó Helen mirando a Stanley.
—Te lo diré en otro momento —contestó él.
—Si, fui yo… —reconoció tía Úrsula, y seguía jadeando—. Fui yo…
—Bueno, ¡basta de conversación! —atajó el doctor Beatte—. Y escúchenme bien todos… Ahora vamos a salir de aquí, y nos

dirigiremos a la carretera... Haremos señal de parada a los coches que pasen... Hasta que uno de ellos pare y nos recoja, les recomiendo que no se atrevan a llamar a la policía ni a hacer nada parecido —masculló furiosamente—. De hacerlo, esta mujer moriría degollada. Porque nos la vamos a llevar con nosotros. Sólo hasta la carretera, hasta que alguien nos pare... Una vez esto suceda, la dejaremos libre. Ya en el interior del coche poco nos costará quitar del volante a su propietario. Le dejaremos en la cuneta con un buen golpe en la cabeza... Y no, ya no volverán a saber de nosotros...
—¿Por qué no se llevan mi coche? —sugirió Stanley—. Les resultarla más cómoda la huida…
—No, gracias —dijo el doctor Beatte, irónico—. En seguida tendríamos encima a los coches patrulla. Sabiendo la matrícula...
—Vámonos..., vámonos... —le apremió Laurie.
—No intente nada, señor Duffy —tía Úrsula no dejaba de jadear—. Quiero conservar la vida.
—Tranquila, dejaré que se escapen —contestó Stanley—. Pero volveré a la carga —les hizo saber al doctor Beatte y a Laurie— yo nunca me quedo a medias.
Poco a poco, la pareja culpable fue retrocediendo, siempre parapetándose tras la angustiosa y jadeante tía Úrsula.
Ya fuera de la casa cruzaron la explanada y se dirigieron, entre arbustos y matorrales, hacia la carretera. No quitaban ojo a los que habían quedado en la casa. Que por cierto habían salido y se dejaban ver. La luz del vestíbulo llegaba hasta media explanada.
Stanley Duffy había dicho:
—Salgamos. No vayan a perder los nervios y la maten. Si nos ven a todos, si no recelan nada, estarán más tranquilos.
Apenas llegaron a la carretera, el doctor Beatte y Laurie se dieron cuenta de que se acercaba un coche. Sus dos focos rasgaban la oscuridad. Sólo llevaba un ocupante, la persona que conducía.
—Haz señal de parada... —dijo el doctor Beatte a Laurie. Luego se volvió hacia tía Úrsula, a la que tenía situada tras un arbusto—. Usted callada... Callada todo el rato... Si grita la mato... ¡La mato!
—No diré nada, nada... —gimió ella.
—Mejor así.
La pecosa Laurie hizo señal de parada y el coche se detuvo sin necesidad de más.
—¿Podría llevamos...? —Preguntó con una sonrisa a la mujer que conducía el coche—. A mi hermano y a mí... Se lo agradeceríamos mucho.
—Suban —dijo la mujer, y la verdad es que casi no prestó atención al hombre joven que había salido de aquel arbusto.
Ya acomodados en los asientos traseros, y ya el coche en marcha,

mientras tía Úrsula ya a salvo se quedaba atrás, cada vez más atrás, ellos dos se miraron.
Tenían que hacerse los dueños del coche. En seguida. Sin pérdida de tiempo.
—Le agradecemos mucho que nos haya parado, señora...
—dijo el doctor Beatte queriendo iniciar una conversación amigable que le diera fácil opción a lo que se proponía.
Pero la mujer que conducía les miró por el espejo retrovisor y de pronto se puso a gritar.
—¡Usted es el doctor Beatte! —gritaba desaforadamente, como una loca, como una auténtica loca — . ¡Si, es usted!
En aquel momento, estremeciéndose, horrorizándose, el doctor Beatte se dio cuenta de que aquella mujer iba vestida de blanco. Y no era un vestido lo que llevaba, sino una bata... ¡Era una de las batas que llevaban las pacientes en el sanatorio psiquiátrico del doctor Dixon!
—¡Es usted...! —siguió gritando la mujer, y sus manos sobre el volante, nerviosas, excitadas, hicieron que el coche empezara a hacer escalofriantes zigzags por la carretera—. ¡Es usted el que manda que nos den baños helados! ¡El que ordena que nos den esas espantosas corrientes! ¡Es usted el que nos obliga a llevar la odiosa camisa de fuerza!
El doctor Beatte la reconoció. Era una de las locas más peligrosas, más violentas, más irascibles. No tenía cura. Su caso era irreversible.
—Tranquilícele... —empezó a decir.
Se había quedado tan pálido, tan lívido, tan demudado, que Laurie comprendió de qué se trataba. A su vez se asustó tanto, que se puso a temblar de pies a cabeza.
—Tranquilícese... —repitió el doctor Beatte— y deténgase... ¡Cuidado...! —exclamó al ver el nuevo y estremecedor zigzag que daba el coche—. ¡Vamos a estrellarnos si no para!
—¿Estrellarnos...? —y la loca se echó a reír con toda su alma. Aumentó la velocidad hasta convertirla en suicida—. ¡Magnífica idea la suya!
El doctor Beatte quiso impedir que condujera de esa forma e intentó incorporarse y dominar con la firmeza de sus manos la dirección del volante. Pero él, como Laurie, se había puesto a temblar tanto y de tal modo, que no atinaba a nada.
La loca, por el contrario, parecía saber muy bien lo que quería.
—¡Nos estrellaremos! —seguía riéndose—. ¡Ya lo creo que nos estrellaremos! ¡No voy a perderme una ocasión como ésta! ¡Maldito y odiado doctor Beatte!
Laurie se abrazó a su joven amante. Acababa de comprender que aquél era el final. Nadie iba a poder evitarlo.
Pocos segundos después, a más de ciento veinte kilómetros por hora,

el coche daba contra un árbol, caía por un terraplén dando varias vueltas de campana y terminaba incendiándose.

Antes de que las llamas surgieran, el doctor Beatte aún vivía, y Laurie también. Otro tanto puede decirse de la loca, pues sus risas persistían.

Pero lo realmente espeluznante, es que, mientras las llamas lo devoraban todo, la loca siguió riéndose. Sólo enmudeció cuando el coche se había convertido ya en una espeluznante antorcha.

CAPÍTULO IX

Tía Úrsula había de decir a su sobrina Helen:

—Tu padre me escribió una carta... —se detuvo—. Quiero que lo sepas. Mi deber es decírtelo...

Le refirió que su padre le escribió una carta poco antes de morir. Quería que supiera la verdad, para que en su día se la dijera a Helen.

Al año de salir su esposa del manicomio, nació Helen. Pero no, Helen no era hija de su esposa, sino de una amiga suya. La amiga y el marido murieron en un accidente de coche y su esposa se empeñó en adoptar a la niña recién nacida. «Haremos creer que es nuestra», le dijo. El accedió por complacerla, por tenerla contenta, pero la verdad es que con el transcurso del tiempo había de querer a Helen lo mismo que si fuera hija propia.

—No terminé de creerme lo que ponía esa carta —había de reconocer tía Úrsula—. Pensé que quizá me lo decía para que te dejara mi fortuna sin albergar temores... Pero no, ahora que reflexiono con calma, sí le creí. ¡Cómo no iba a creer lo que mi hermano me decía a un paso de la muerte! Pero Laurie me dijo un par de veces muy suavemente, como quien no dice nada: «Pues se parece a la loca... Pues se parece a la loca...» Fue Laurie, si, ahora lo comprendo, quien me metió la duda dentro. Claro, ya se llevaba su plan... En fin, ahora ya sabes la verdad, Helen... —dijo finalmente tía Úrsula.

Los ojos de Helen se habían llenado de lágrimas. Y Stanley Duffy, reparando en ello, le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia si.

—En cuanto a la herencia —siguió diciendo tía Úrsula — he decidido que, puesto que a los tres os quiero, vale más que reparta lo que tengo en partes iguales y...

—Me parece muy acertado —dijo Stanley, medio interrumpiéndola—, pero usted vivirá aún muchos más años, así que haga testamento pero no vuelva a pensar más que en pasarlo bien. En lo que si ha de pensar —agregó— es en las mil libras que me debe.

—No sabía por qué... —repuso tía Úrsula—, pero presentía que a Helen le acechaba algún peligro. Por eso le contraté a usted.

—Yo también tenía miedo —dijo Helen— y tampoco sabía por qué — Y con otro tono— ¡O sea que le tenías contratado!, ¿eh? Y yo que me hice ilusiones... Creía que me ayudabas por mi cara bonita... —miró a Stanley como reprochándole el engaño en que le había tenido.

Pero en los bonitos ojos oscuros de Helen, donde sus pestañas largas, muy largas y curvadas tejían sobre ellos una dulce sombra, hubo unas chispitas alegres, vivaces. Estaba convencida de que Stanley Duffy se había enamorado de ella. Como ella se había enamorado de él.

—Te hubiera ayudado igual, aunque no hubiera mediado ese dinero —dijo Stanley. Y su tono resultó solemne.

La verdad es que nunca en su vida había hablado tan en serio.
—Te creo —sonrió Helen.
«Boda a la vista», pensó tía Úrsula.

FIN